

CONQUISTA Y ENCOMIENDA EN LA NUEVA GALICIA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI: “BÁRBAROS” Y “CIVILIZADOS” EN LAS FRONTERAS AMERICANAS

Salvador Álvarez*
El Colegio de Michoacán

Luego de la ruina de la capital de los aztecas, la oposición guerrera se extinguió muy rápidamente. Así, en unos pocos años los españoles se enseñorearon, casi sin enfrentar resistencia armada alguna, del conjunto de las poblaciones que habitaban las ricas tierras de las altas cuencas y valles de la llamada “Mesoamérica nuclear”. En contraste, cuando los españoles alcanzaron las regiones mesoamericanas de alta cultura, pero menor densidad demográfica, los conquistadores debieron afrontar guerras interminables y sangrientas. Allí los españoles debieron recurrir al concurso de grandes contingentes de indios provenientes de las regiones de alta civilización de la Mesoamérica nuclear, los cuales fungieron recurrentemente como “aliados de guerra” de los españoles en el resto de sus conquistas en la Nueva España. Este proceso se repitió luego en la Nueva Galicia, en donde la presencia a la vera de los españoles de contingentes formados por decenas de miles de indios provenientes de las regiones de alta civilización mesoamericana, no solamente condenó a las poblaciones aborígenes a una larga y sangrienta conquista a la cual no fueron capaces de resistir, sino que terminó por desestructurar y trastocar por entero sus antiguas formas de vida.

(Conquista, civilizaciones, indios, Nueva Galicia, expansión territorial)

ALIADOS INDIOS Y FRONTERAS DE GUERRA

La conquista y las civilizaciones mesoamericanas

En 1520, en su segunda Carta de Relación, Hernán Cortés informaba a Carlos V acerca de los sucesos principales de su empresa. Entre ellos daba cuenta de cómo, a raíz de la rendición y captura de Moctezuma, él mismo había designando nuevos “señores indios” para las provincias recién conquistadas:

* salvarez@colmich.edu.mx

[...] sacaba conmigo un hijo y dos hijas de Mutezuma y al señor de Tezuico que se decía Cacamacin y a dos hermanos suyos y a otros muchos señores que tenía presos y como todos los habían muerto los enemigos aunque eran de su propia nación y sus señores algunos de ellos, excepto a dos hermanos del dicho Cucamacin, al cual antes yo, en nombre de vuestra majestad y con parecer de Mutezuma, había hecho señor de esta ciudad de Tesuico y provincia de Aculuacán [...]¹

Dueño absoluto de la situación sobre el terreno, Cortés se proclamaba vector de la *translatio imperi*,² y se precavía al mismo tiempo de futuras contestaciones a sus actos. Su argumento consistía en afirmar que la sujeción de los aztecas, incluso si se hacía por medio de la guerra, no constituiría un acto ni injusto ni tiránico de su parte dado que, por su intermediación, el “emperador” azteca había reconocido el señorío del rey de España. Por ende, los vasallos de Moctezuma, es decir, los indios en su conjunto, quedaban obligados a aceptar su nuevo estado.³ Pero más allá de todo este “juego” retórico-jurídico, el texto de Cortés nos enseña mucho acerca de la percepción que los conquistadores tenían de su propio papel en esos eventos. No deja de sorprender, en efecto, esa especie de ilimitada confianza en la sumisión “voluntaria” de los indios al dominio español y al señorío de la Corona de España. Más notable resulta aún si apuntamos cómo todo ello se acompañaba también de la idea de que sería posible confiar pacíficamente a los propios “señores de la tierra” el cuidado y el control de los demás indios.

Si tomáramos todo asunto desde la perspectiva de una “historia de bronce”, cargada de héroes y antihéroes, los “nobles” indios colocados

¹ Tercera carta-relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V, Coyoacán 15 de mayo de 1522, en: Mario Hernández Sánchez-Barba ed., *Hernán Cortés: Cartas y documentos. Introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba*, México, Editorial Porrúa, 1963, 127.

² Sobre el tema de la *translatio imperi* en las crónicas de la conquista: Guy Rozat, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Tava Editorial, 1993.

³ Sobre la sumisión de los indios al señorío del rey de España véanse, por ejemplo, los estudios anexos a la edición de Silvio Zavala y Agustín Millares de los textos de Juan de Palacios Rubios y Fray Matías de la Paz: Silvio Zavala-Agustín Millares Carlo, eds., *Juan de Palacios Rubios. De las islas de la mar Océano (1512). Fray Matías de la Paz Del dominio de los reyes de España sobre los indios (1512)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

por Cortés a la cabeza de ciudades enteras, harían figura de “antihéroes” y sobre todo de “cobardes”, de “colaboradores” del conquistador y junto con ellos iría en primer término su “jefe” Moctezuma, el peor de todos.⁴ Por su parte, los nombramientos que les fueron otorgados por el conquistador, aparecerían como una pura “baladronada” de su parte, toda vez que la toma de la “gran Tenochtitlán” ni siquiera se había consumado aún. Y sin embargo, el tiempo terminaría por darle la razón a Cortés. Por principio de cuentas, la pacificación llegó, efectivamente, muy pronto, al menos en una gran parte de los territorios nuevamente conquistados. Recordemos cómo, luego de la ruina de la capital de los aztecas, la oposición guerrera se extinguió muy rápidamente. Así, en unos pocos años los españoles se enseñorearon, casi sin enfrentar resistencia armada alguna, del conjunto de las poblaciones que habitaban las ricas tierras de las altas cuencas y valles de la llamada “Mesoamérica nuclear”.

Acerca de cuáles fueron las condiciones que hicieron posible tan rápida y fácil progresión conquistadora, las explicaciones más sensatas pasan, desde luego, por el tipo de civilizaciones a las que los españoles se enfrentaron en esas áreas. Se trataba, como sabemos, de sociedades agrícolas avanzadas, altamente jerarquizadas y que habían desarrollado formas de organización complejas que operaban en muy diversos niveles. Éstas iban, según interpretan la mayoría de los autores, desde altas jerarquías “político-religiosas” encargadas de la concentración del tributo en los principales centros de poder, de los grandes ejercicios ceremoniales y de la organización de la guerra.⁵ Por su parte, en la base de las mismas se hallaban estructuras de alcance esencialmente local del tipo del *altepetl* y el *calpulli*.⁶ Podría decirse que al menos una pequeña parte de la explicación de la rápida y casi pacífica sumisión de estas poblaciones al poder español, se encuentra precisamente en la rápida desaparición

⁴ Guy Rozat Dupeyron, “Lecturas de Motecuzoma. Revisión del proceso de un cobarde”, *Historias*, octubre 1993-marzo 1994, 31-40.

⁵ Sobre este último aspecto: José Lameiras Olvera, *Los déspotas armados*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1985.

⁶ Véase, por ejemplo, James Lockhart, *Los nahuas después de la conquista: historia social y cultural de los indios del México central del siglo XVI al XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, 29-139.

ción de las primeras y en la permanencia de las segundas.⁷ Dicho de otra manera, durante los primeros años y, en general, a lo largo de las primeras décadas de la conquista, muchas cosas transcurrieron como si, una vez diezmados los aztecas y demás grupos asociados a ellos y reducidos, por su parte, los tlaxcaltecas y demás “aliados” de los españoles al papel de “indios amigos”, la organización guerrera de aquellas sociedades hubiera colapsado. Tal pareciera que junto con esas formas de organización guerrera, se hubiera derrumbado también lo esencial de las estructuras de gobierno supralocal que pudieron existir hasta entonces en esas sociedades.⁸ Es, sin duda, un proceso de este tipo, junto con el brutal choque microbiano que acompañó la corta, pero violentísima fase armada de la conquista cortesiana, el que explica el hecho de que tan rápidamente los españoles pudieran sentar sus reales en áreas en donde los aborígenes los superaban al infinito en número. Todo ello, insistimos, sin prácticamente encontrar ninguna resistencia guerrera frontal ni directa.

Recordemos cómo, en unos cuantos años solamente, a la debacle de los aztecas y la “asimilación” de los tlaxcaltecas como “indios amigos”, siguió la incorporación al área de influencia de los españoles del conjunto de las poblaciones de habla y cultura náhuatl que ocupaban el centro del gran altiplano volcánico. Junto con ellos, muchos otros grupos vecinos, culturalmente cercanos, cierto, pero de distintas lenguas, fueron incorporados también pacíficamente al dominio español. Fue, por ejemplo, el caso de los matlatzincas, de los otomíes, de los mazahuas y demás habitantes de las tierras del Valle de Toluca y la alta cuenca del río Lerma.⁹

⁷ Para un análisis del papel de las alianzas entre indios y españoles Ruggiero Romano, *Les mécanismes de la conquête coloniale: les conquistadores*, París, Flammarion Questions d'histoire, núm. 24, 1972.

⁸ Uno de los raros estudios que abordan ese tema es el de José Lameiras Olvera, *El encuentro de la piedra y el acero: la Mesoamérica militarista del siglo XVI que se opuso a la irrupción europea*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994.

⁹ René García Castro, *Indios, territorio y poder en la provincia Matlatzinca: la negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVII*, Zinacantepec, Estado de México, El Colegio Mexiquense - CONACULTA-INAH, 1999, en particular pp. 35-56. Igualmente del mismo autor: “Pueblos y señoríos otomianos frente a la colonización española. Cambios económicos y sociales en la región de Toluca siglos XVI y XVII”, *Relaciones, Estudios de Historia y Sociedad*, vol. xx núm. 78, primavera 1999, Zamora, El Colegio de Michoacán, 113-154.

Algo muy semejante sucedió también cuando los españoles penetraron áreas ocupadas por otras destacadas civilizaciones agrícolas mesoamericanas, distintas en lengua y tradición cultural respecto de las anteriores, pero que tenían en común con aquellas el haber desarrollado también muy altos índices de densidad de población. Evoquemos los valles zapotecas, las tierras altas mixtecas o la meseta tarasca. En todas esas regiones, al cabo de campañas militares tan extraordinariamente cortas como exitosas, en muy pocos años los españoles lograron incorporar un número enorme de núcleos de población indígena a su área de influencia.¹⁰

Lo que puede verse, en todo caso, es que en esas regiones la conquista militar, propiamente dicha, dejó de tener sentido para los conquistadores y en los hechos se detuvo, justo en el momento en el que lograron establecer un primer sistema de tributación de bienes y mano de obra regular, permanente, estable y pacífico por parte de los indios. Un hecho tangible es que este tránsito entre la vida que estas poblaciones habían conocido antes y su nuevo estatuto como “pueblos” tributarios de los españoles, fue posible gracias a la supervivencia y la permanencia de estructuras organizativas de nivel local capaces de proveer los bienes y fuerza de trabajo que los españoles les demandaban a los indios. Estructuras socioterritoriales del tipo del *calpulli* y sobre todo del *altepetl*, o sus equivalentes locales, más allá de las regiones de cultura náhuatl, fueron las que en la práctica debieron absorber, así fuera al precio de profundas transformaciones, algunas de las consecuencias más directas del choque de la conquista.¹¹

La manera de lograrlo fue terriblemente costosa. Consistió no tanto en “pactar”, como en someterse pacíficamente a los diferentes tipos de

¹⁰ Para el caso de los valles zapotecas: John K. Chance, *La conquista de la Sierra: españoles e indígenas de Oaxaca en la época de la colonia*, Oaxaca, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 1998, en especial pp. 19-57. Para el de los tarascos: Benedict J Warren, *La conquista de Michoacán 1521-1530*, Morelia, Fimax Publicistas, Colección Estudios Michoacanos 6, 1977, en especial pp. 187 y ss.

¹¹ Véase al respecto: Pedro Carrasco, “La jerarquía cívico-religiosa de las comunidades mesoamericanas: antecedentes prehispánicos y desarrollo colonial”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, UNAM, vol. 12, 1976, 102-107.

exacción coercitiva que los españoles les impusieron bajo la forma de tributos, tanto en gente como en productos.¹² Este proceso derivó luego en desplazamientos masivos de población, del tipo de los que acompañaron a las primeras reducciones, todo ello en un contexto de profunda debacle demográfica, hasta que todo ello terminó por minar las energías vitales de innumerables de estas unidades socioterritoriales. Muchas, en realidad la mayor parte de ellas, desaparecieron al ritmo vertiginoso de la caída demográfica, mientras que las que lograron sobrevivir sólo lo hicieron al precio de recomponerse y terminar transformándose en algo muy distinto de lo que fueron alguna vez.¹³

La rapidez con que semejante tránsito se produjo en las regiones densas de alta civilización agrícola, no deja de sorprender. Incluso mueve a relativizar hechos evocados en la historiografía como, por ejemplo, el del carácter eminentemente “guerrero” de la organización política de varias de estas sociedades en tiempos prehispánicos. Incluso, mueve a repensar la naturaleza misma de los “imperios” y “estados” prehispánicos en esas regiones.¹⁴ Sin embargo, más allá de este tipo de especulaciones, lo importante es recalcar que esta clase de respuesta pacífica frente a la nueva hegemonía española, se dio de manera muy semejante en distintas regiones de alta civilización y elevada densidad de población del centro de la recién creada Nueva España. Sin embargo, la geografía de este fenómeno no podría calcarse sobre la de ninguna civilización u horizonte cultural en particular, sino que corresponde, más bien, con aquélla marcada por los límites de las regiones de más alta densidad de población en el mundo mesoamericano. Un ejemplo que ilustra bien este fenómeno, sería el de la región de los zapotecas. Allí, John K. Chance observa las profundas y marcadas diferencias en el nivel de organiza-

¹² René García Castro, *Indios, territorio y poder...*, especialmente pp. 97-126. Igualmente: Bernardo García Martínez, *Los pueblos de la Sierra : el poder y el espacio*, México El Colegio de México, 1987, en particular, pp. 75-76.

¹³ Para una visión general sobre el tema: Woodrow Borah, “Population Decline and the Social and Institutional Changes of New Spain in the Middle decades of the Sixteenth Century”, *Actas xxxv Congreso Internacional de Americanistas*, Viena, 1960, 172-178.

¹⁴ José Lameiras Olvera, *Los déspotas armados...*, Igualmente : José Luis Rojas, *Los aztecas: entre el dios de la lluvia y el de la guerra*, Madrid, Anaya, Biblioteca Iberoamericana núm. 30, 1988, especialmente pp. 34-39.

ción social que es posible observar entre los asentamientos densos del Valle de Oaxaca y aquellos mucho más ralos y dispersos de la Sierra Zapoteca, propiamente dicha:

[...] a ninguna de las comunidades de las regiones montañosas se podría considerar urbana, e incluso cabría preguntarse si las unidades políticas no se aproximaban, más bien, a un nivel de organización de Estado [del tipo de la] “jefatura”. Los asentamientos de la Sierra por lo general eran más pequeños, mucho más pobres, con una estratificación muy incipiente y economías menos especializadas que en el Valle [...] ¹⁵

Chance añade que esta región de la montaña zapoteca nunca fue, incluso desde tiempos prehispánicos, propicia para la obtención de tributos. De acuerdo con Barlow, nos dice, la sierra zapoteca se convirtió en una suerte de “frontera incómoda”, que permaneció al margen de la penetración de los aztecas en el momento de su máxima expansión.¹⁶ Los conquistadores españoles no fueron más afortunados al apersonarse en esa zona, de hecho y en palabras del propio Chance: “la conquista de la Sierra Norte de Oaxaca fue uno de los episodios más brutales y prolongados del siglo XVI en México”.¹⁷ El juicio de Chance resulta quizás exagerado, si se piensa en otros todavía más largos y sangrientos procesos de conquista acaecidos en distintas regiones americanas; sin embargo, acierta en lo esencial. En efecto, luego de una muy violenta primera pacificación por parte de capitanes como Francisco de Orozco y Pedro de Alvarado, después de 1522, la región de la Sierra Zapoteca entró en un proceso prolongado de guerra, de suerte que muy pronto Cortés y su gente la abandonaron. De hecho, no podría hablarse de una verdadera pacificación de esta zona por parte de los españoles, sino hasta la década

¹⁵ John K. Chance, *La conquista de la Sierra: españoles e indígenas de Oaxaca en la época de la colonia*, Oaxaca, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 1998, 31. Existe un evidente problema de traducción en la edición citada, el cual hemos intentado corregir, para restituir su sentido original al texto, por medio de las palabras colocadas entre corchetes.

¹⁶ Robert H. Barlow, *The Extent of the Empire of the Culhua Mexica*, Berkeley - Los Angeles, Ibero-Americana, núm. 28, 1949, 123. John K. Chance, *La conquista de la Sierra...*, p. 32.

¹⁷ John K. Chance, *La conquista de la Sierra...*, p. 37.

de 1530 para las vertientes orientales de la misma y de hecho hasta muchísimo más tarde en el caso de las regiones costeras.

Conquistadores frente a “bárbaros” mesoamericanos

Partir de un elemento como el de la “densidad demográfica”, para avanzar en la explicación sobre procesos tan multifacéticos como el del devenir de la conquista en distintas regiones americanas, es ciertamente una posición susceptible de provocar alguna controversia. Tradicionalmente, las explicaciones de corte demográfico han sido causa de “desconfianza” o de “incomodidad” para algunos historiadores y científicos sociales, los cuales suelen atribuir en ocasiones, tintes un tanto “naturalistas” y “mecánicos” a ese orden de fenómenos. Sin embargo, para ir más allá de este nivel elemental de interpretación, valdría más colocar este tema desde la perspectiva de una *historia de las civilizaciones* como la llamara Braudel en su tiempo. Y es que en el contexto del mundo preindustrial, esto es, el del conjunto de las civilizaciones anteriores al siglo XIX, incluida la Europea, la aparición de sociedades demográficamente densas fue un fenómeno que no tuvo nada de mecánico, ni mucho menos de “natural”. De hecho, la existencia de índices de densidad de población semejantes a los que los españoles encontraron en la Mesoamérica nuclear de tiempos de la conquista, fue una marca distintiva y exclusiva de las grandes civilizaciones agrícolas del mundo antiguo. Es decir, era la cristalización de procesos milenarios, ciertamente muy diversos entre sí en sus formas, pero todos producto, en última instancia, de los múltiples, cientos quizás, de “revoluciones neolíticas” y “nacimientos de la agricultura” que se suscitaron tanto en el mundo euroasiático-africano, como en el americano, desde tiempos muy remotos.¹⁸

El hecho, en sí, del enfrentamiento entre una sociedad militarmente poderosa y expansiva como la española, con una gran civilización agrícola, le imprimió necesariamente a las conquistas cortesianas un sello muy distinto del que habían tenido el resto de las conquistas europeas

¹⁸ Fernand Braudel, *Grammaire des Civilisations*, París, Flammarion, col. Champs, núm. 285, 1993. Para un primer desarrollo sintético del tema, véase especialmente la introducción de Maurice Aymard, pp. 5-18, y la primera parte, pp. 19-67.

ultramarinas hasta entonces. Son pocos los autores que se han ocupado del tema de las diferencias y especificidades que necesariamente se generaron entre los procesos de la conquista y colonización europea en los diferentes contextos de civilización en el mundo, incluyendo al continente americano. Entre los que lo han hecho destaca, sin embargo, Woodrow Borah, en un sucinto pero muy inteligente artículo publicado en 1962, intitulado “¿América como modelo?”.¹⁹ Allí, parte de un hecho básico, pero fundamental: la constatación de que el mundo mesoamericano formó parte del cuadro de las grandes civilizaciones agrícolas del mundo preindustrial, con densidades de población comparables con las que se encontraron en civilizaciones como la china o la hindú, en sus respectivos momentos de esplendor. Desde luego, este razonamiento parte de los cálculos y estimaciones de la llamada “escuela demográfica de Berkeley” de la cual él mismo fue uno de los creadores.²⁰ Sin embargo, independientemente del juicio que las cifras avanzadas por esta escuela pudieran suscitar todavía hoy, es un hecho que en razón de sus logros culturales, las grandes civilizaciones agrícolas americanas, lo mismo las mesoamericanas que las del área andina, tienen mucho más en común con las grandes civilizaciones del Viejo Mundo, que con civilizaciones agrícolas de menor talla, sofisticación y complejidad, como las que florecieron en el centro-occidente de África, o en la Polinesia, por solamente citar dos ejemplos.

Borah constata entonces cómo uno de los rasgos más singulares y significativos del choque de la civilización europea en expansión, con otros espacios de alta civilización agrícola en el mundo, como el del Medio Oriente, el chino, el indonesio, el japonés y especialmente el hindú, fue que los europeos nunca lograron implantarse de manera profunda

¹⁹ De hecho fue una ponencia al Congreso Internacional de Americanistas de México, de 1962: Woodrow Borah, “America as Model?: The Demographic Impact of European Expansion Upon the Non-European World”, Los Ángeles, Center for Latin American Studies, University of California, Reprint, núm. 292, 1962, 379-387. Traducida al español en: Woodrow Borah, “¿América como modelo? El impacto demográfico de la expansión europea sobre el mundo no europeo”, *Cuadernos Americanos*, año xxi, vol. 125, noviembre-diciembre 1962, 176-185. Para una edición reciente: Woodrow Borah-Sherburne F. Cook, *El pasado de México: Aspectos sociodemográficos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 280-289.

²⁰ Para un panorama al respecto, remitimos al lector al libro arriba citado.

en el corazón mismo de esas sociedades y prosperar allí. Es decir, impusieron su presencia, marcaron con frecuencia su superioridad guerrera, e incluso llegaron a establecer su dominación sobre muy distintas poblaciones, pero nunca hasta el punto de llegar a generar allí nuevas sociedades, de carácter eminentemente europeo, que desplazaran o incluso reemplazaran en términos absolutos a las poblaciones locales. Esto establece un contraste evidente entre la formas del contacto europeo con esas viejas civilizaciones agrícolas y lo que sucedió en el caso americano. Sin embargo para Borah, esta diferencia se debe no necesariamente a que las grandes civilizaciones americanas antiguas fueran intrínsecamente “inferiores” o distintas en lo esencial respecto de sus contrapartes asiáticas, sino a un factor ausente en el contexto de cualquier otra gran conquista europea: el del vertiginoso descenso sin retorno de la población aborigen.²¹

Se trata de una argumentación de gran fuerza. En las breves páginas de su artículo Borah deja enteramente abierta la cuestión de que, de no haberse producido una tan catastrófica caída de la población, con las secuelas de despoblamiento efectivo que la acompañaron, necesariamente las conquistas americanas en los ámbitos geográficos de las grandes civilizaciones prehispánicas, habrían cobrado a la larga un carácter enteramente distinto. La situación de los españoles en esas zonas de alta civilización bien pudo derivar, entonces, hacia algo semejante a lo que vivieron, por ejemplo, los ingleses en la India del siglo xix. Es decir, pudieron convertirse en una suerte de casta dominante, sostenida sobre un poder militar que pudo quizás permanecer por mucho tiempo más allá de las capacidades de respuesta directa de las sociedades aborígenes, e incluso habrían terminado por ser culturalmente muy influyentes. Pero, en cambio, la formación de una nueva sociedad, llamémosla mestizo-española, de carácter predominantemente europeo, no sólo distinta, sino sobre todo capaz de desplazar y hasta de reemplazar en los hechos a las sociedades locales originarias, quizás no se hubiera dado nunca, o al menos no con la velocidad ni con las dimensiones con las que se desarrolló en el mundo americano desde el siglo xvi.

²¹ Woodrow Borah, “¿América como modelo?..., pp. 281-283.

Semejante razonamiento, por extremado que parezca, no tiene nada de descabellado: recordemos, simplemente, que eso fue exactamente lo que ocurrió con la colonización española en las Filipinas, por ejemplo. Cabe decir entonces que, desde una perspectiva cercana a una Historia de las Civilizaciones, la rápida extinción de la resistencia armada por parte de los conquistados y la tendencia a absorber y a adaptarse a largo plazo a la presencia inevitable del conquistador externo, pueden dejar de interpretarse como expresión de “debilidades” intrínsecas a las sociedades aborígenes americanas. En cambio, es posible ver esos procesos como formas de respuesta, típicas y propias, de las grandes civilizaciones agrícolas antiguas ante irrupciones conquistadoras de las cuales eran incapaces de desembarazarse: algo que resulta, a nuestro juicio, mucho más explicativo y esclarecedor.

Este enfoque nos permite analizar también con mayor claridad un segundo problema, que es el de las diferencias claras que se dieron en América entre las formas de la conquista en las regiones de alta civilización agrícola y fuerte densidad de población y las que esas mismas conquistas adquirieron en regiones cercanas, pero habitadas por sociedades de menor complejidad cultural y densidad de población. Un punto importante a tomar en cuenta es que ninguna de las grandes civilizaciones agrícolas del mundo preindustrial logró ocupar, dominar, ni controlar enteramente, los espacios geográficos sobre los cuales se desarrollaron, ni a absorber enteramente tampoco a todos sus vecinos. En todas partes las altas civilizaciones antiguas se vieron confrontadas, muchas veces de manera violenta, con sociedades que siendo casi siempre cultural e históricamente muy cercanas a ellas, mostraban, sin embargo grados, menores de complejidad cultural, intensidad agrícola y densidad demográfica y que permanecían, a la vez, externas e irreductibles. Se trata de aquellos que podríamos llamar los *bárbaros cercanos*, cuya presencia fue una auténtica regla, o quizás valiera más decir, una constante en todos los procesos civilizatorios del mundo antiguo.

Así, por ejemplo, en el extremo asiático, la China densa y de alta civilización cuyo corazón se hallaba en el Yang-Tse, tuvo que soportar durante siglos las acometidas de los pastores de la Mongolia, del alto Turquestán y del Tíbet con los cuales establecieron estrechos lazos culturales milenarios, sin llegar nunca a integrarlos ni controlarlos totalmente. Lo

mismo sucedió con los grupos montañoses de la actual provincia de Guangxi en el sur de China, caso similar igualmente al de las civilizaciones de la Indochina meridional, las cuales se las vieron siempre con los montañoses de la alta Indonesia y la alta Birmania: sociedades cuyos restos, incluso hasta la fecha, permanecen fuera del control de los “civilizados” y librados a su propio destino. En la India, por su parte, sede de las que fueron, quizás, las más homogéneas civilizaciones agrícolas del mundo antiguo, los pueblos selváticos de las montañas de la India central, nunca fueron ni dominados ni absorbidos realmente, mientras que en el Norte, la confrontación con los pueblos pastores del Pamir, Afganistán y demás regiones adyacentes, fue una realidad multisecular. Incluso en el África, las escasas pero no por ello menos importantes civilizaciones agrícolas que se desarrollaron allí, como la abisinia o incluso la propia civilización egipcia, resistieron siempre, desde mucho antes y hasta mucho después del advenimiento del Islam, las acometidas de los pastores sudaneses y de los grupos del interior sahariano. Ni qué hablar, finalmente, de las relaciones cuando menos “problemáticas”, entre la Europa sedentaria de origen mediterráneo y los “bárbaros” germánicos, escandinavos o eslavos, sin olvidar, desde luego, el terror causado por las arremetidas de los pastores montados de las estepas europeas y asiáticas, desde Atila hasta Kublai Kan.²²

Las conquistas cortesianas, tal y como las hemos evocado al principio, pusieron entonces en marcha un doble proceso, el cual luego se repetiría, en diversos grados, en otras latitudes americanas. Este consistió primero, en que luego de una efímera resistencia armada, las sociedades agrícolas de la Mesoamérica nuclear poco a poco comenzaban a “absorber” a los conquistadores en su seno, acomodándose sistemáticamente a las constricciones que les imponían los vencedores. La segunda parte de este mecanismo derivó del hecho de que se adaptaron de manera tan completa a sus conquistadores, que antes que guerrear directamente en contra de ellos, prefirieron hacerlo a su lado, ayudándolos en ese menes-

²² Fernand Braudel, *Gramaire des Civilisations...*, en especial pp. 73-202. Véase igualmente del mismo autor: *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, xvè-xviiiè siècle. Les structures du quotidien: le possible et l'impossible*, París, Armand Colin, 1970, t. 1, en especial, pp. 17-97 y carta, pp. 41-42.

ter. Gracias a ello, cuando los españoles salieron de aquellas regiones de alta cultura y se hallaron peleando esta vez en contra de “bárbaros” irreductibles, nunca estuvieron enteramente solos, ni librados a sus propias fuerzas, sino que siempre contaron con la presencia y auxilio de sus “aliados indios”. Ninguna disquisición sería hoy suficiente para explicar a fondo un fenómeno como el de la participación de aborígenes provenientes de las propias regiones de altas culturas mesoamericanas, peleando a la vera de los españoles y en contra de otros indios. La súbita “alianza” de los tlaxcaltecas con los españoles para destruir a los aztecas, podría interpretarse entonces no como una “traición”, sino como un “acomodó”, o si se quiere como una “estrategia” por parte de un pueblo civilizado y de alta cultura agrícola, para restablecer, o quizás, para romper un equilibrio desfavorable, aprovechando la presencia de un extraño dotado de una fuerza bélica decisiva (ya sabemos con qué consecuencias). Sin embargo, el fenómeno no paró allí, pues desde el momento en que los españoles se aventuraron más allá de las regiones de las altas culturas mesoamericanas, los vemos una vez más acompañados de fuertes contingentes de “aliados indios” guerreando a su vera, esta vez en contra de los “indios bravos”. La diferencia era que ahora no se trataba solamente de los primigenios “aliados” tlaxcaltecas, sino que con ellos iban también muchos de los otrora “vencidos” de alta cultura como aztecas, matlatzincas, zapotecas y mixtecos, arrastrados por los españoles a su paso por todas esas regiones de alta cultura.

Así por ejemplo, durante la década de 1520, luego de que la región de la Sierra Zapoteca quedara prácticamente abandonada por los españoles, las huestes de Cortés se dirigieron hacia la costa del Pacífico sur de la Nueva España, en donde fueron fundados asentamientos como Tututepec y Zacatula. Allí se consagraron a actividades que necesitaban de grandes números de gente para llevarlos a cabo, entre ellos principalmente en ese momento, la construcción de barcos para exploración marítima de la llamada Mar del Sur (es decir, el Pacífico). Una gran parte de la mano de obra con la cual se iniciaron esos trabajos fue trasladada hasta esas regiones desde las zonas de alta cultura controladas por los españoles en el altiplano. La presencia de estos “indios pacíficos” resultaba tanto más inevitable para los españoles en ese contexto, cuanto que se trataba de labores que necesitaban de una cierta destreza, como el

corte y aserrado de maderas, trenzado de cordajes y otros más. Por ello, numerosos “indios pacíficos” de los altiplanos centrales, fueron llevados hasta la costa.²³ Sin embargo, una vez pasado este periodo inicial, ese fue quizás el aspecto menos violento de la primera presencia española en estas regiones. Al tiempo que Cortés veía por sus intereses marítimos, él mismo, al igual que sus capitanes y otros españoles llegados después, establecieron en las montañas adyacentes a aquella región costera, las primeras explotaciones de oro de placer de la Nueva España. Estas fueron abastecidas tanto con indios locales, como con “indios pacíficos”, muchos de ellos de encomienda, otros simplemente forzados, trasladados también hasta allí desde los grandes altiplanos centrales.²⁴ Se iniciaba así una práctica que marcaría para siempre las estructuras profundas de la naciente sociedad novohispana: la de los traslados masivos de población indígena proveniente de las regiones alta cultura y densidad de población, hacia el exterior de las mismas. Esto significó una y otra vez, el enfrentamiento directo entre los españoles y sus “aliados” pacíficos, con sociedades que, independientemente de sus filiaciones culturales, resultaron siempre mucho menos sumisas que las anteriormente conquistadas a la presencia de los españoles.

Es muy claro que esta insumisión, que contrastaba enormemente con los patrones de respuesta indígena con los cuales los españoles se habían enfrentado en los grandes altiplanos centrales, se hallaba, sobre todo, en la incapacidad de sostener y absorber las enormes exacciones a las que los españoles las sometieron desde un principio. Eran prácticas terribles, como la del lavado de arenas auríferas, en donde miles de es-

²³ Hernán Cortés, Segunda Carta de Relación, 15 de mayo de 1522, en Mario Hernández Sánchez-Barba, ed., *op. cit.* p. 199. La antigua provincia de Tututepec se encuentra en la actual Costa Chica, de los estados actuales de Oaxaca y Guerrero: Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto de Geografía, 1986, 398-390. Sobre los inicios de la presencia española y la construcción de barcos allí: Woodrow Borah, “Hernán Cortés y sus intereses marítimos en el Pacífico. El Perú y Baja California”, *Estudios de Historia Novohispana*, vol. iv, 1971.

²⁴ Jean-Pierre Berthe, “Las minas de oro del Marqués del Valle de Tehuantepec, 1540-1547”, en: Jean-Pierre Berthe, *Estudios de historia de la Nueva España. De Sevilla a Manila*, México, CEMCA- Universidad de Guadalajara, Colección de Estudios para la Historia de Jalisco, vol. 3, 1994, 15-24.

clavos indios eran obligados zambullirse, una y otra vez, en las aguas de los ríos y a cargar y tamizar pesados bultos de arena a lo largo de interminables jornadas. Si a esto se añade el efecto mortífero de las epidemias que, como en todas partes en América, pero con especial virulencia en las regiones costeras, comenzaron a diezmar de inmediato a las poblaciones aborígenes, no es de extrañarse entonces que muy rápidamente se precipitaran a la guerra los habitantes de una inmensa franja de territorios costeros. Estos iban desde la zona de Tututepec, en el sur, hasta Zacatula y la desembocadura del Balsas, por el norte, incluyendo la región de Coalcomán.²⁵ Al final los conquistadores terminaron siendo expulsados durante mucho tiempo de toda aquella región, devenida inhóspita para ellos y a la cual bautizaron como provincia de los “Motines de Zacatula”. Pero la situación no paró allí. La fundación de Colima en 1524 y la consecuente expansión hacia el norte de la búsqueda de arenas auríferas, cacería de esclavos y traslados masivos de población, provocó una reacción análoga a la anterior. La guerra se extendió entonces desde las montañas circundantes al puerto de Colima (situado en ese momento sobre la costa, al sur del actual Tecmán), en dirección del sur hasta la cuenca del Tepalcatepec, lo mismo que hacia el norte hasta la provincia de Cihuatlán, e incluso hasta la zona de Purificación. Los españoles bautizaron a esta nueva región de guerra como “provincia” de los “Motines de Colima” o de los “Motines del Oro”. Así, para finales de la década de 1520, toda la región costera del Pacífico conocida por los españoles hasta ese momento, se había convertido para ellos en zona de “motines”, es decir, de “indios bravos” de guerra.²⁶

La conquista de la costa del Pacífico sur se convirtió así en el reverso de la medalla respecto de lo que estaba siendo en ese mismo momento,

²⁵ Para una descripción de la geografía de los lavaderos de oro en Nueva España: Robert C West, “Early silver mining in New Spain 1531-1555”, en: Robert C West ed., *In quest of mineral wealth: Aboriginal and colonial mining and metallurgy in Spanish America*, Baton Rouge, Geoscience and Man, vol. 33, Dpt. of Geography and Anthropology, Louisiana State University, pp. 119-135.

²⁶ Donald Brand, *Coacolman and Motines del Oro. An Ex-Distrito of Michoacan México*, The Hague, University of Texas Press, Institute of Latin American Studies, 1960. Igualmente: Carl Sauer, *Colima of New Spain in the sixteenth century*, Berkeley y Los Angeles, Ibero-Americana 29, 1948.

la implantación española en la región de los grandes altiplanos centrales. Mientras en estas últimas regiones, el signo común en la respuesta de las sociedades locales al choque de la conquista, había sido la adopción de formas pacíficas (que no pasivas) de adaptación frente a las exacciones que su nuevo estatuto de vasallos y tributarios les imponía, en las montañas de la Sierra Madre del Sur y de la vertiente occidental del Eje Neovolcánico y sobre todo en las costas, la respuesta casi unitaria había sido la guerra. Vale la pena recalcar, una vez más, que en esos conflictos, muchos de los cuales se hicieron interminables, los españoles no enfrentaban a “cazadores recolectores”, “bárbaros” y “guerreros” por naturaleza, sino a agricultores avanzados de pura cepa mesoamericana. Estos eran vecinos inmediatos y hermanos culturales de muchos de aquellos que habitaban las regiones de “paz”. Para el caso de la región de los “Motines de Zacatula”, por ejemplo, se trataba de poblaciones de habla y cultura maya, en su parte más meridional, así como de grupos de habla y cultura mixteca y zapoteca, más al norte.²⁷ En la región de los “Motines del Oro” o “Motines de Colima” se trataba nuevamente de agricultores de origen mesoamericano, hablantes de una variante del náhuatl y solamente en la provincia de Purificación se vieron involucrados, probablemente, con grupos de agricultores, sólo que esta vez, hablantes de lenguas yutoaztecas.²⁸ Dicho en otras palabras, era gente que pertenecía, casi toda, a los principales grupos lingüísticos y culturales que conformaron las zonas de paz, de la “Mesoamérica nuclear”.

Al igual que lo que hemos evocado para el caso de las regiones de paz, la geografía de estas nuevas fronteras de guerra no correspondía con las de ningún gran conjunto lingüístico-cultural en particular. Por el contrario, es claro que en esta parte de Mesoamérica, la bipartición entre zonas de guerra y zonas de paz para los españoles, se colocaba, *grosso modo*, a lo largo de las líneas que dividían a las regiones habitadas por núcleos de población demográficamente densa, de aquellas en donde los españoles encontraron poblaciones aldeanas con patrones de asenta-

²⁷ Véase por ejemplo: Michael Coe-Dean Snow-Elisabeth Benson, *Atlas of Ancient America*, Nueva York-Oxford, England Facts on File Publications, 1986, 92.

²⁸ Bárbara Cifuentes-Lucina García, *Letras sobre voces. Multilingüismo a través de la historia*, Historia de los Pueblos Indígenas de México, México, INI-CIESAS, 1998, 54.

miento más disperso y sobre todo, menor densidad de población. Sería, desde luego, prematuro todavía especular acerca de dónde pudo encontrarse algún tipo de umbral, que separara a las poblaciones que fueron capaces de resistir pacíficamente a la presencia de los conquistadores, de aquellas que se vieron involucradas en guerras casi interminables en contra ellos. Sin embargo, darle cabida a este elemento “demográfico” y en particular, a la variable de la “densidad de población”, entendida ésta no como un rasgo “mecánico” o “natural”, sino como un elemento diferenciador de tipos distintos de sociedades, permite reconocer un elemento constante y activo detrás de este fenómeno. Sería, de hecho, uno de los pocos elementos susceptibles de comenzar a proporcionarnos una explicación menos incidental que las propuestas hasta ahora, acerca de porqué poblaciones culturalmente tan cercanas entre sí, como las arriba mencionadas, reaccionaron de maneras tan diferentes frente a un mismo fenómeno: su conversión en tributarios de los españoles.

En revancha, negar este tipo de constantes y pretender explicar semejantes procesos solamente a partir de la descripción de eventos y situaciones particulares o evocando vagos “patrones culturales”, como el “carácter guerrero” de algún grupo cultural en específico, resulta muy poco útil. La disposición y la capacidad guerreras de poblaciones como las que ocupaban las que serían luego las regiones de los Motines, por ejemplo, queda fuera de duda. Pero es precisamente ese carácter insu-miso, mostrado desde el inicio mismo de la presencia española en la región, el que da cuenta de que se trataba de poblaciones que difícilmente podrían ser asimiladas con los grupos pacíficos y “cooperativos”, con los cuales los españoles se las habían visto en los grandes altiplanos centrales. Pero si esto es así, la pregunta que regresa de inmediato es la de porqué, si eran grupos culturalmente tan cercanos a los “pacíficos” de las altas tierras, desarrollaron entonces respuestas tan distintas frente a la intrusión de los españoles. Una de las pocas respuestas posibles sería entonces que se trataba de grupos que se hallaban en una situación similar a la de los ya anteriormente evocados “bárbaros cercanos”, con los cuales todas las civilizaciones del mundo compartieron sus geografías.

De hecho, la región costera del Pacífico sur no fue la única región “mesoamericana” en donde los conquistadores se enfrentaron con situaciones de guerra endémica, frente a grupos culturalmente avanza-

dos. Prácticamente por todos los rincones de la geografía americana y en nuestro caso, de la geografía novohispana, fuera de las regiones de alta densidad demográfica, las respuestas indígenas, especialmente en épocas tempranas de la colonización, fueron casi siempre similares: huida sistemática y guerra de hostigamiento en contra de los invasores. Así por ejemplo, en la costa del Golfo, el primitivo puerto de Espíritu Santo (cercano al actual Coatzacoalcos) se vio sometido a un continuo acoso guerrero de parte de los grupos de nahuas, totonacas, popolucas y demás habitantes de la región. Más tarde, al momento de la llegada de Nuño de Guzmán a la por él llamada “Provincia de Pánuco”, la presión ejercida sobre los grupos indígenas locales, compuestos en gran parte por totonacos, huastecos y nahuas, hizo que aquella región se convirtiera en una nueva “frontera de guerra”, tanto o más sangrienta que la que se había abierto ya en la costa del Pacífico.²⁹

Evoquemos también el caso de los otomíes, habitantes de las densamente pobladas tierras de la cuenca alta del río Lerma, cercana al valle de Toluca, los cuales fueron rápidamente incorporados como “indios de paz” por los españoles y recordemos cómo, sus primos, otomíes también, pero habitantes del altiplano situado tan sólo a unas cuantas decenas de kilómetros al norte de esa zona, en dirección de lo actuales estados mexicanos de Hidalgo y Querétaro, adquirieron muy pronto fama de “indómitos” y de “indios de guerra”.³⁰ Pero quizás una de las muestras más sugestivas de la aparición de una “frontera de guerra” entre españoles y grupos de alta cultura mesoamericana, es la que se generó al contacto con las diferentes poblaciones mayas. Recordemos la difícil y la lenta conquista militar de las tierras altas de la por entonces llamada provincia

²⁹ Donald E. Chipman, *Nuño de Guzman and the province of Panuco in New Spain 1518-1533*, Glendale California, The Arthur H. Clark Co., 1967

³⁰ René García Castro, *Indios, territorio y poder en la provincia Matlatzinca: la negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos xv-xvii*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense-CONACULTA-INAH, 1999. Sobre las relaciones entre los otomíes del norte y los grupos llamados chichimecas: David Charles Wright Carr, “Lengua, cultura e historia de los otomíes”, *Arqueología Mexicana*, vol. xiii, núm. 76, mayo-junio 2005, 26-29. Sobre los ataques combinados de chichimecas pames y de otomíes en la región de Jilotepec-Querétaro, desde épocas muy tempranas: Phillip Wayne Powell, *La guerra Chichimeca (1550-1600)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 25-27.

de Chiapas y sobre todo cómo fue que las tierras bajas selváticas, las mismas que en alguna época habían albergado a la civilización clásica maya, terminaron convirtiéndose en otra inmensa frontera de guerra más para los españoles: todo ello es una muestra de que la “densidad cultural”, no necesariamente produce los mismos efectos que la “densidad demográfica”.³¹ De hecho, investigaciones recientes han demostrado que uno de los factores que explican la peculiar concentración que de los asentamientos coloniales en la parte norte de la península de Yucatán, fue el carácter de tierra hostil y peligrosa que a lo largo de todo el periodo colonial y hasta el siglo xx, incluso, adquirieron tanto la llamada “montaña” yucateca como la región selvática situada al sur de la misma.³²

GUERRA, TRIBUTO Y ENCOMIENDA EN LA NUEVA GALICIA

Las primeras conquistas en el Norte novohispano y el peso de los grandes números: la Nueva Galicia

La expedición llamada de los Tebles Chichimecas, encabezada por Nuño de Guzmán en 1529 fue y sigue siendo, sin duda, uno de los episodios más célebres para la historiografía novohispana del periodo de la conquista. Las razones de esta notoriedad son tres: la primera, haber dado nacimiento a la que fue la primera gobernación española sobre el continente, después de la de la Nueva España, la segunda, los extensísimos territorios desconocidos que recorrió, y la tercera la enorme violencia y destrucción que generó a su paso.

³¹ Véase por ejemplo: Chamberlain Robert S, *The Conquest and Colonization of Yucatan 1517-1550*, Washington, Carnegie Institution Publications, núm. 582, 1948. Igualmente: Pedro Bracamonte y Sosa, *La conquista inconclusa de Yucatán. Los mayas de la montaña 1560-1680*, México CIESAS-Miguel Angel Porrúa-Universidad de Quintana Roo, Col. Peninsular Serie Estudios, 2001.

³² Alicia del Carmen Contreras Sánchez, *Población, economía y empréstitos en Yucatán a fines de la época colonial*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Tesis (Doctora en Ciencias Sociales), 2004.

Ya desde sus tiempos, la figura de Nuño de Guzmán estuvo siempre marcada por la violencia de su conquista,³³ e incluso fue juzgado por ello.³⁴ Sin embargo y más allá de los actos o de la personalidad del conquistador, es un hecho que el factor clave y el que explica en la práctica la terrible destructividad de esa empresa, no fue otro sino la presencia masiva, multitudinaria, de “indios amigos” en los rangos de esa expedición. Recordemos, en efecto, cómo luego de rodearse de 150 jinetes y 180 infantes españoles bien armados, Nuño de Guzmán, quien a la sazón era todavía presidente de la primera Audiencia gobernadora, hizo reunir cerca de 12 mil *indios amigos* tomados de la región alrededor de México, para incorporarlos a su hueste. La presencia de estos “pacíficos” mesoamericanos en los rangos de la expedición de Nuño de Guzmán es un evento enteramente revelador acerca de la evolución de las relaciones entre los conquistadores y los indios sedentarios del centro de la Nueva España. Los mesoamericanos no solamente seguían fungiendo como proveedores enteramente pacíficos de tributos y mano de obra, sino que también continuaban sirviendo como activos aliados de los españoles, para hacerles la guerra a otros nuevos “bárbaros cercanos” que habitaban más al norte.

Vale la pena puntualizar al respecto que, cuando Nuño de Guzmán bautizó a aquella que iba a conquista como la “provincia de los Tebles Chichimecas”,³⁵ no se refería solamente a que estuviera habitada por poblaciones de “nómadas”, cazadores-recolectores, como aquellos con los

³³ Véase, por ejemplo, el juicio que sobre él hizo Bartolomé de Las Casas: *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* (1552), Barcelona, Editorial Fontamara, 1981, 71-73. Sobre la personalidad de Nuño de Guzmán: Manuel Carrera Stampa, *Nuño de Guzmán*, México Editorial Jus-Editorial Campeador, serie Figuras y Episodios de la Historia de México, 1955, 19.

³⁴ Silvio Zavala, “Nuño de Guzmán y la esclavitud de los indios”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. 1, núm. 3, enero-marzo, 1952, 411-428.

³⁵ Carta a S.M. del presidente de la real audiencia de México, Nuño de Guzmán, en que se refiere la jornada que hizo a Michoacán, a conquistar la provincia de los tebles chichimecas que confina con la Nueva España, 1530. En: José Luis Razo Zaragoza ed., *Crónicas de la conquista del reino de la Nueva Galicia en territorio de la Nueva España*, Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia- Ayuntamiento de la Ciudad de Guadalajara-INAH, 1963, 25.

que se encontraron en los altiplanos desérticos septentrionales. Ésos eran, en efecto, “chichimecas”, pero para los conquistadores esa misma palabra designaba también al conjunto de los grupos de agricultores aldeanos, habitantes de los territorios situados “más allá” de la Provincia de Michoacán en dirección del norte. Y es que, en efecto, los que Guzmán y sus soldados encontraron allende la provincia de Michoacán, no eran precisamente “nómadas”, sino los herederos de aquello que los arqueólogos han denominado la “tradición” de “Occidente”. Se trataba entonces de grupos practicantes de la agricultura, la cestería, las artes cerámicas y la filatura de textiles, pero que se diferenciaban de las grandes civilizaciones de la “Mesoamérica nuclear”, en que eran también sociedades de tipo aldeano, que no habían desarrollado ninguna arquitectura monumental significativa, y que sobre todo no habían tampoco alcanzado densidades de población comparables, ni con mucho, con las que caracterizaron a los grandes altiplanos centrales: es decir, “bárbaros cercanos”, una vez más.³⁶

Tratándose de la conquista de ese tipo de poblaciones, la presencia de esos más de diez mil descendientes de guerreros aztecas, transformó a la hueste conquistadora en una máquina formidable de guerra, absolutamente imparable para aquellos destinados a sufrir sus embates. Ya para ese momento, la hueste de Guzmán se había convertido en un ejército de dimensiones tales, como no se había visto en la Nueva España desde los tiempos en que los tlaxcaltecas habían participado con Cortés en sus conquistas. Pero, no conforme con eso, al atravesar la provincia de Michoacán, Guzmán hizo incorporar a su hueste a varios miles de aborígenes suplementarios, hasta alcanzar una cifra cercana a los 20,000 *indios amigos*.³⁷ Así, este masivo y enorme cuerpo expedicionario com-

³⁶ Otto B Schöndube, *El territorio cultural de occidente*, en: José María Muriá ed, *Lecturas históricas de Jalisco antes de la independencia*, Guadalajara, INAH, Centro Regional de Occidente, Departamento de Historia, 1976, 19-24.

³⁷ Una descripción detallada del ejército de Nuño de Guzmán se encuentra en: “Información de Cristóbal de Barrios de la Conquista de Nuño de Guzmán”, en: Joaquín Pacheco, Francisco de Cárdenas, Luis Torres de Mendoza, *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, Madrid 1864-1884, 1ª serie, vol. 16, p. 363. Igualmente en: José López Portillo y Weber, *La conquista de la Nueva Galicia*, México, Secretaría de Educación Pública, 1935, 120-128.

puesto por españoles e indios “pacíficos” “auxiliares”, en una proporción de poco más o menos 60 a 1, en favor de los segundos, recorrió en son de guerra una vasta porción del noroeste hasta entonces desconocido: desde la cuenca del lago de Chapala, hasta la región llamada “Xalisco”, cercana a la desembocadura del río Santiago y luego mucho más al norte, hasta las lejanas provincias de Chiametla y Culiacán. Por todo ese extendido territorio, la implacable hueste marchó destruyendo y quemando uno tras otro cuanto poblado y caserío de indios encontraron a su paso.³⁸

Si bien, los “auxiliares” indios eran quienes llevaban sobre sus espaldas toda la impedimenta del ejército (dado que los pocos caballos que llevaba la expedición estaban destinados a la guerra y no al transporte) en realidad estos “indios amigos” estuvieron muy lejos de comportarse como simples “portadores”. Los protagonistas de esa marcha dejaron testimonio de escenas auténticamente dantescas protagonizadas por indios y españoles por igual. Los villorrios de los aborígenes locales fueron sistemáticamente saqueados y quemados, al tiempo que miles y miles de hombres, mujeres y niños fueron capturados y reducidos a la esclavitud, tanto por mano de los propios españoles, como también por la de los auxiliares “mexicanos” y “tarascos”. Lo que es más, el propio Guzmán en algún momento se vio orillado a quejarse y a acusar a sus auxiliares “de paz”, en especial de los *mexicanos*, de ser auténticamente incontrolables a la hora de quemar y arrasar pueblos y capturar esclavos:

[...] este quemar se continuó siempre por do íbamos y puesto que Nuño de Guzmán mandaba poner mucha diligencia en que no se quemasen los pueblos, pesándose de ello, los amigos que llevábamos tienen gran condición que aunque los quemen vivos no dejarán de poner fuego por do van, sin se

³⁸ Además de lo citado anteriormente, véase igualmente las crónicas de García del Pilar, Pedro de Guzmán, Cristóbal Flores, Gonzalo López, Pedro de Carranza y las tres crónicas anónimas de esa conquista incluidas en: Jose Luis Razo Zaragoza ed., *Crónicas de la conquista...*

lo poder resistir. De aquí pasamos a Tonalá y siempre muchos de los amigos encadenados porque no huyesen y dejasen las petacas [...]»³⁹

Sería muy difícil o quizás imposible saber, qué era exactamente lo que empujaba a aquellos “sedentarios”, ya no solamente a participar junto con los españoles en aquellas conquistas, sino a comportarse allí como auténticos “conquistadores”, quemando pueblos y capturando esclavos por su cuenta. Entre lo poco que puede decirse, es que el actuar de estos “auxiliares” indica que estaban muy lejos de considerar a aquellos *tebles* o “*teúles*” *chichimecas* como gente especialmente cercana a ellos, por muy fuerte que pudiera ser el parentesco cultural que los ligara en el fondo. En todo caso, el hecho es que si ya por su propio peso numérico, la hueste enorme de Guzmán no podía resultar sino enormemente destructiva para los villorrios que encontraba a su paso, el uso de semejantes métodos hizo que de inmediato la guerra incendiara toda la inmensa región atravesada por la hueste conquistadora.⁴⁰ Esto significa que, para 1530, la conquista española había literalmente incendiado con la guerra, una inmensa franja de más de 1500 kilómetros de largo, la cual abarcaba ya lo que sería a la postre casi toda la franja costera occidental de la Nueva España, desde Tututepec hasta Culiacán, incluyendo, también allí, a las tierras altas adyacentes a toda esa inmensa franja costera.

Atribuir semejante convulsión a la sola presencia de los conquistadores europeos, no sería en lo absoluto suficiente. Si bien, ellos fueron el motor que puso en marcha todo ese engranaje, fue la movilización de millares de “indios de paz” la que convirtió a aquella conquista en una auténtica marea avasalladora, en donde finalmente se vieron involucrados otros muchos “mesoamericanos” de origen zapoteco, mixteco, nahua y otros más, al igual que numerosísimos *chichimecas*, sin distingo de las diferencias y orígenes culturales de cada uno de ellos. Fue, en otras palabras, el peso demográfico de las regiones de alta civilización

³⁹ Cristóbal Flores, “Relación de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a Nueva Galicia, escrita por el capitán Cristóbal Flores”, en: José Luis Razo Zaragoza ed., *Crónicas de la conquista del reino de la Nueva Galicia...*, p. 191.

⁴⁰ Véase por ejemplo: Salvador Álvarez, “Chiametla: una provincia olvidada del siglo XVI”, *Trace*, núm. 22, diciembre de 1992, 5-23.

agrícola del centro de la Nueva España, el que terminó por inclinar esa balanza. Por esa misma razón, sería inútil atribuir la persistencia a partir de entonces del estado de guerra en la Nueva Galicia, solamente a “características culturales” de algún tipo, que fueran supuestamente propias a las sociedades aborígenes que las enfrentaron. Las formas de respuesta que los “chichimecas” de la Nueva Galicia desarrollaron en su momento frente al embate brutal de esta conquista, no los muestran ni como más, ni como menos “guerreros” que a los miembros de las sociedades de cepa mesoamericana que poblaron alguna vez las costas del Pacífico sur de la Nueva España. Más allá de sus especificidades culturales, lo que todos estos pueblos tuvieron en común fue el hecho de pertenecer a sociedades de agricultores aldeanos, de baja densidad de población y patrón de asentamiento relativamente disperso, incapaces de soportar y absorber lo que se les venía encima. Es justamente este factor el que permite comprender, en primera instancia al menos, el porqué en tierras de chichimecas, lo mismo que en regiones de alta cultura mesoamericana, podemos encontrar respuestas tan semejantes frente al choque de la conquista española: de inicio, el enfrentamiento armado directo, seguido, a mediano plazo, de una guerra de acoso y hostigamiento constante, emparejada con la huida y ocultamiento de parte de las poblaciones directamente sometidas a la presión de los españoles.

En cambio, las diferencias que se presentaron a corto plazo, entre el desarrollo de la conquista a mediano plazo, en las costas del pacífico sur novohispano y lo que aconteció un poco más tarde en la Nueva Galicia, dependieron sobre todo del curso que tomaron las actividades de los propios españoles. En las costas del sur, por una parte, al tiempo que, para principios de la década de 1530, los lavaderos de oro se iban agotando, los españoles fueron progresivamente abandonando una gran parte de sus posiciones en esa parte de la Nueva España, para prácticamente no regresar más. Esas comarcas permanecerían desde entonces como tierras de guerra, peligrosas y hostiles, pero muy poco pobladas por españoles.⁴¹ En cambio, en la Nueva Galicia, los conquistadores habían llegado con la intención de instalarse allí de manera más durable y ello

⁴¹ Donald Brand, *Coacolman and Motines del Oro. An Ex-Distrito of Michoacan...*

redundaría necesariamente, en guerras más largas y más sangrientas todavía. Es decir, en la medida en que la acometida de los españoles continuó desplegándose con la misma fuerza y bajo las mismas formas, las reacciones de parte de estas sociedades aldeanas continuaron siendo las mismas hasta llegar, incluso, hasta un punto de no retorno. En resumen, para finales de la década de 1530, se habían ya delineado para la Nueva España dos tipos de conquista profundamente contrastantes, por no decir enteramente opuestos. Mientras que en las regiones pobladas por sociedades aldeanas de baja densidad de población, la guerra había sentado sus reales, tal pareciera que para siempre, en las regiones de alta civilización prehispánica, en este caso, aquellas pertenecientes a lo que ha sido llamado la “Mesoamérica nuclear”, la *pax hispanica* se había impuesto casi por sí sola.

Tal y como de alguna manera Cortés lo había anticipado en 1522, en las zonas de alta civilización, los españoles encontraron muy rápidamente en aquellos a los que ellos llamaron los “señores de la tierra”, un medio eficaz para mantener pacíficamente al resto de los indios bajo el yugo del católico emperador. En efecto, la historiografía actual nos da cuenta plenamente de cómo, ya desde los primeros años de la colonia, infinidad de jerarcas indígenas fueron “reconocidos” por sus vencedores como “nobles” y designados como “señores” y “caciques” de indios y de cómo éstos asumieron pacíficamente, en general, su nuevo papel. Pero no olvidemos que, como lo evocábamos anteriormente, estos “caciques” y “principales”, no eran sino las cabezas visibles de viejas estructuras propias a aquellas sociedades del tipo de *altepetl*. De esa suerte, los incontables pueblos de indios creados por los españoles, con sus cabildos directamente sancionados y nombrados por la autoridad colonial, funcionaron gracias, justamente, a que se apoyaron sobre los restos de esas formas de organización político-territorial heredadas del pasado prehispánico y enteramente reformuladas por el choque de la conquista.⁴²

⁴² El pionero del tema fue, desde luego, Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*, México, Siglo XXI, Col. América Nuestra, 1978 (4a ed.) Algunos trabajos recientes sobre el tema son: Margarita Menegus Bornemann, *Del señorío a la República de Indios. El caso de Toluca 1500-1600*, Madrid, Ministerio de Agricultura Pesca y Alimenta-

Sin embargo, es un hecho también que, por muy sólidas que hubieran sido sus formas internas de organización, en un contexto de violencia como el que siguió a la conquista, los viejos núcleos de población indígena que ocupaban las regiones de alta civilización prehispánica nunca hubieran sido capaces de absorber pacíficamente los efectos derivados de su nueva situación de “pueblos” tributarios a la española, si no es que al amparo de su número que siguió, a pesar de todo, siendo infinitamente superior al de los españoles.⁴³ Este fue un proceso que no pudo ser emulado por sociedades de tipo aldeano y baja densidad de población, como las que habitaban la Nueva Galicia. Allí, ante la imposibilidad práctica de poner en marcha un sistema pacífico y en la medida de lo posible, espontáneo, de absorción de los conquistadores, por la vía del abastecimiento de bienes y de mano de obra, la incorporación de los diferentes núcleos de población a la esfera de influencia de los españoles debió siempre operarse por la vía de la fuerza.

La encomienda y la organización del tributo en la Nueva Galicia

Terminada la mortífera epopeya en la que se convirtió la expedición de 1529, entre 1531 y 1533, Guzmán hizo fundar una serie de villas a lo largo del territorio de su nueva gobernación: Guadalajara, Compostela, Purificación, Chiametla y Culiacán. Para sostenerlas, fiel a la que había sido la práctica más universalmente empleada hasta entonces para el gobierno de los indios, Guzmán no dudó transformar en tributarios a los aborígenes locales, dándolos en encomienda a sus soldados. Así, entre 1529, fecha de inicio de su expedición de conquista y 1536, cuando fue definitivamente expulsado de las Indias, cuando menos 120 “pueblos de indios” habían sido distribuidos como encomiendas entre tan sólo en la parte central de la Nueva Galicia. A estos habría que añadir los

ción, 1992; René García Castro, *Los pueblos de indios*, México, Editorial Planeta DeAgostini-CONACULTA-INAH, en: *Gran Historia Ilustrada de México*, núm. 8, 2001, 143.

⁴³ Véase el artículo clásico de Sherburne Cook y Woodrow Borah, “La despoblación en el México Central en el siglo XVI”; para una edición reciente: Elsa Malvido-Miguel Angel Cuenya, *Demografía histórica de México siglos XVI-XIX*, México, UAM-Instituto Mora, 1993, 29-39.

alrededor de 60 “pueblos” de encomienda repartidos igualmente por el propio Guzmán y sus lugartenientes en la provincia de Culiacán.⁴⁴ Todos estos centros de poblamiento fueron de inmediato sometidos a exacciones en gente y productos para el sostenimiento de las huestes españolas y sus aliados indios del centro de la Nueva España. Sin embargo, de la misma manera que había sucedido más al sur, todo ello derivó en un estado de guerra generalizado y permanente en el conjunto de la Nueva Galicia el cual persistió ininterrumpido durante todo el periodo de Nuño de Guzmán al frente de esta provincia.⁴⁵

La maquinaria de la guerra, con su cohorte de violencias y represalias mutuas, puesta en marcha por la expedición de Guzmán, difícilmente se detendría durante los años que siguieron y ni siquiera la salida de Nuño de Guzmán de la provincia sirvió para modificar este estado de cosas. Ejemplo de ello lo tenemos en la muerte de quien fuera justamente el encarcelador de Nuño de Guzmán y nuevo gobernador de la provincia: Diego Pérez de la Torre. A los pocos meses de asumido su cargo, en enero de 1538, este personaje murió a manos de los indios de Jocotlán, pueblo que él mismo se había atribuido en encomienda.⁴⁶ Por otro lado, ya desde la expedición de 1529-1531, letales y generalizadas epidemias acompañaron siempre al avance español, golpeando con toda su fuerza a las poblaciones locales, en especial a aquellas que ocupaban las zonas costeras, en donde muy pronto el despoblamiento se hizo patente, provocando con ello que la guerra continuara con todavía mayor violencia.

Un buen retrato de ese estado de cosas, lo tenemos en el informe enviado al rey a finales de 1538 por el nuevo gobernador de la misma, Francisco Vázquez de Coronado. En él, se daba cuenta de cómo los pobladores españoles de la villa de Compostela, flamante capital de la pro-

⁴⁴ Regresaremos sobre el detalle de estas encomiendas un poco más adelante.

⁴⁵ Sobre el estado de guerra permanente en el que se mantuvo la Nueva Galicia durante el periodo de Nuño de Guzmán, véase, por ejemplo: Artur S. Aiton, “Coronado’s first report on the government of Nueva Galicia”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 19, 1939, 306-313.

⁴⁶ José María Muría ed., *Historia de Jalisco tomo 1. Desde los tiempos prehistóricos hasta fines del siglo XVII*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco-INAH, 1980, 333.

vincia, la habían ya abandonado a causa de la guerra incesante que los indios les hacían. Sin embargo, el gobernador no se hacía demasiadas ilusiones en cuanto a las verdaderas causas de tanta violencia:

En otra manera se aprovechaban los vecinos de esta provincia [...] de los indios que tienen encomendados, que los arrendaban para la ciudad de México [...] yo los topé cuando vine de México de cuarenta en cuarenta y de cincuenta en cincuenta cargados que iban y venían [...] En comarca de esta ciudad de Compostela hay treinta repartimientos encomendados a vecinos della y solas diez casas ay en toda esta cibdad porque los vecinos no han querido residir diziendo los unos que los indios que tienen de repartimientos están de guerra y los otros que no les dan ningún provecho y su ausencia [...] no he visto en toda esta provincia indio que no tenga señal de cristiano [...] ahora han pedido los vecinos desta ciudad de Compostela que la quieren mudar a donde esté en más comarca de los indios que les sirven [...]⁴⁷

Las palabras de Coronado eran elocuentes en cuanto al porqué de la persistente guerra en la Nueva Galicia. Compelidos a permanecer como pobladores y vecinos de las villas recientemente fundadas y ante la imposibilidad práctica de convertir a los indios en tributarios pacíficos y espontáneos, los conquistadores no habían encontrado más que una manera práctica y expedita de premiar sus sacrificios y hazañas. Esta consistió, como lo atestiguaba Coronado, en organizar la captura sistemática de cautivos de guerra, incluyendo entre ellos a sus propios encomendados. Atados en colleras y cargados de bultos, los “chichimecas” de la Nueva Galicia eran conducidos entonces hasta la ciudad de México, donde luego eran vendidos como esclavos.

Pero para entender realmente cuál era la posición de los españoles en esa provincia, habría que añadir a todo lo anterior un elemento fundamental y es el de la presencia, todavía entonces, de muchos miles de “indios amigos” de origen mesoamericano, esto es, “mexicanos” y “tarascos”, fundamentalmente, los cuales no solamente permanecieron, sino

⁴⁷ Artur S Aiton, “Coronado’s first report on the government of Nueva Galicia”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 19, 1939, 311-312.

que siguieron llegando para reforzar la presencia española en la región, como el propio Vázquez de Coronado lo consignó en su informe.⁴⁸ Gracias en gran medida al auxilio de estos “indios amigos”, los españoles continuaron representando una fuerza, de la cual, los aborígenes de la Nueva Galicia no serían ya capaces de desembarazarse. Sin embargo, eso no bastó en lo absoluto para garantizar el control verdadero de la provincia. A diferencia de lo sucedido en las regiones demográficamente densas y de altas culturas prehispánicas del centro de la Nueva España, en la Nueva Galicia, el paso de la conquista militar a la transformación del indio en tributario, fue cualquier cosa, excepto, un proceso pacífico y ello hasta cuando menos el último tercio del siglo xvi.

Como lo apuntábamos al principio, uno de los innumerables hechos notables del proceso de la conquista en los grandes altiplanos del centro de la Nueva España fue la celeridad con la que colapsaron los viejos armazones de tipo político-estatal, de origen prehispánico que allí existían: cualquiera que hubiera sido la verdadera naturaleza del “imperio” o del “Estado” azteca en tiempos prehispánicos, es claro que para 1522, por poner una fecha, no quedaba ya gran cosa de él. En cambio, es claro que la capacidad de adaptación y de absorción que esas sociedades de alta cultura agrícola mostraron frente al choque de la conquista, se debió esencialmente a dos factores: el primero, su gran número y en segundo término, la capacidad de recomposición interna que mostraron antiguas estructuras socioterritoriales, de alcance esencialmente local, del tipo del *altepetl*. La rapidez y la facilidad con la que este tipo de estructuras, abandonaron sus viejas formas de funcionamiento, para adaptarse y adoptar aquellas que les exigía su nuevo estatuto de tributarios a la española, no puede dejar de asombrarnos.

En la Nueva Galicia, en cambio, los españoles se encontraron con sociedades que ciertamente eran de agricultores relativamente avanzados y habían alcanzado logros culturales notables, pero que, finalmente, eran de una naturaleza muy diferente de las anteriores. Un parámetro más que significativo acerca de estas disparidades que existieron en este proceso en la Nueva Galicia respecto del centro de la Nueva España, es

⁴⁸ *Ibid.*, p. 310.

el siguiente: hacia 1550, en esta última región, nos dice René García Castro, se calcula que poco más o menos dos mil pueblos de indios, con sus caciques y cabildos indígenas, habían sido reconocidos por el gobierno colonial.⁴⁹ Para esas mismas fechas, en cambio, en la Nueva Galicia ni un solo pueblo de indios, ni un solo cabildo, ni tampoco ningún cacique fue reconocido formalmente como tal por las autoridades españolas. Lo que es más, ni Nuño de Guzmán, ni sus sucesores Diego Pérez de la Torre, Francisco Vázquez de Coronado y Cristóbal de Oñate dejaron lista o relación alguna de “autoridades” indias actuantes y funcionales, no ya para reconocerlos como tales, sino ni siquiera para los pueblos de indios dados en encomienda durante su gestión. Tampoco se hace mención alguna de la existencia de ese tipo de instrumentos en la documentación recopilada por los primeros oidores de la Nueva Galicia, Lorenzo de Lebrón Quiñones, Miguel de Contreras y Guevara y Hernando Martínez de la Marcha. No olvidemos que todos ellos, como parte de las instrucciones anexas a sus nombramientos como oidores, tenían la orden de realizar una serie de visitas de la provincia y de recopilar y compilar la totalidad de los títulos, nombramientos y ordenanzas realizados por sus antecesores en el gobierno de la provincia. Los flamantes oidores se esmeraron, en efecto, en cumplir las instrucciones de que habían sido dotados: revisaron las ordenanzas anteriores, los nombramientos de autoridades y oficiales y revisaron exhaustivamente los títulos de encomienda distribuidos hasta entonces. Incluso, el propio Juan de Ovando, en su calidad de presidente del Consejo de Indias, redactó un cuestionario en donde se pedía al conjunto de las autoridades provinciales informaran detalladamente acerca de todos esos temas.⁵⁰ Las pesquisas de los oidores y las respuestas de los implicados, dejan muy en claro entonces, la ausencia de cabildos, o cualquier otro tipo de autoridades indias autónomas, actuantes y formalmente reconocidas, a la cabeza de los pueblos,

⁴⁹ René García Castro, “Los pueblos de indios”, en *Gran Historia Ilustrada de México*, México, Editorial Planeta DeAgostini-CONACULTA-INAH, vol. 2, cap. 8, 2001, 144.

2001, ⁵⁰ Rafael Diego Fernández Sotelo, *La primigenia Audiencia de la Nueva Galicia 1548-1572. Respuesta al cuestionario de Juan de Ovando por el oidor Miguel de Contreras y Guevara*, Guadalajara, El Colegio de Michoacán-Instituto Cultural Ignacio Dávila Garibí-Cámara Nacional de Comercio de Guadalajara, 1994, en especial pp. 24 y 25.

hecho que se confirma también por el hecho de que, durante todo este periodo, no se establecieron siquiera tasaciones de tributos para los mismos. A cambio de ello, en el contexto de guerra generalizada en el que se hallaba la provincia, los españoles no pudieron más que poner en marcha formas de tributación incomparablemente más compulsivas que las que comenzaban a operar por ese tiempo en el centro de la Nueva España.

Llegados a este punto vale la pena mencionar que existe una ya muy vieja, aunque todavía bastante arraigada tradición historiográfica, que ha intentado postular la existencia de grandes y complejas estructuras políticas metalocales de origen prehispánico en lo que sería luego la Nueva Galicia. Se habla con frecuencia de “señoríos”, e incluso de la existencia de una gran “confederación” llamada generalmente Federación Chimalhuacana, operando al momento de la llegada de los españoles. Esta visión historiográfica nació, principalmente, de los trabajos de un grupo de historiadores regionales, entre los que destacan José López Portillo y Weber (1850-1923), Alberto Santoscoy (1857-1906), Luis Pérez Verdía (1857-1914), José Ignacio Dávila Garibi (1888-1981) y José López Portillo y Weber (1889-1974). Esta “Confederación Chimalhuacana”, suerte de “protoJalisco” prehispánico, habría estado conformado por varios “reinos” o “tlatoanazgos”, cuyo número y nombres, varió de acuerdo con el autor de que se tratara.⁵¹

Así, por ejemplo, según Pérez Verdía esta “confederación” habría sido producto de las mismas migraciones que en el siglo XII, según su cro-

⁵¹ Así, por ejemplo, en la versión de Luis Pérez Verdía, éstos eran cuatro: Colima, Tonallan, Xalisco y Aztatlán, los cuales, a su vez tenían bajo su égida diferentes *estados feudatarios*, como él los llamaba, entre ellos, Tzcoalco, Cocolan y Tzapotlán, por citar algunos de los que dependían del “reino” de Colima. Igualmente, existían cacicazgos independientes de rango inferior como Teoacaltiche, Colotlán, Tlaltenango, el Teúl, Nochistlán y Juchipila, por sólo mencionar aquellos situados al oriente de la barranca del río Santiago: Luis Pérez Verdía, *Historia particular del Estado de Jalisco, desde los primeros tiempos en que hay noticia, hasta nuestros días*, Guadalajara, Tipográfica de la Escuela de Artes y Oficios del Estado, vol. 1, 1910, 2-3. Véase igualmente: Luis Topete Bordes, *Jalisco precortesiano: estudio histórico y etnogénico*, México, Imprenta El sobre azul, 1944, 103-104. Igualmente: Leon Diguët, “Le Chimalhuacan et ses Populations avant la Conquête Espagnole”, *Journal de la Société d’Américanistes de Paris*, núm. 1, 1903, 1-57; José Ignacio Dávila Garibi, *Breves apuntes acerca de los chimalhuacanos: civilización y costumbres de los mismos*, Guadalajara, Tipográfica C.M. Sáinz, 1927.

nología, habrían llevado a los aztecas hasta Mesoamérica desde su nativa “Aztlán”. Según el mismo autor, luego de implantarse en lo que sería después la Nueva Galicia, estos ascendientes de los aztecas”, habrían formado parte del primitivo “imperio tolteca”, para ulteriormente, después del colapso de ese “imperio”, permanecer como una “confederación” de señoríos, independiente del “imperio tenochca”.⁵² Esta curiosa cronología la arranca el autor directamente de la *Crónica miscelánea de la Santa provincia de Jalisco* de Fray Antonio Tello (1567-1654), escrita en 1653, fuente de donde arranca también una parte de la toponimia empleada en su texto.⁵³ Sin embargo, vale la pena señalar que, ni en este texto, como tampoco en las crónicas primitivas de la conquista, ni en ninguna de las grandes historias de la Nueva Galicia escritas durante posteriormente durante el periodo colonial, aparecen mencionados el Gran Chimalhuacán, ni menos aún, la llamada Federación Chimalhuacana. Nada dicen al respecto, por ejemplo, la *Historia del reino de Nueva Galicia en la América Septentrional*, de Matías de la Mota Padilla (1688-1766), escrita en 1742,⁵⁴ ni tampoco se encuentra huella alguna del “Chimalhuacán” en obras del mismo tipo provenientes del periodo independiente temprano, como, por ejemplo, la *Memoria histórica... de la conquista particular de Jalisco*, de Fray Francisco Frejes, escrita en 1833, por sólo citar algunas.⁵⁵

⁵² Luis Pérez Verdía, *Historia particular del Estado de Jalisco...*, p. 4.

⁵³ Fray Antonio Tello, *Libro segundo de la Crónica miscelánea...* La edición empleada por López Portillo y Rojas es la de: “La República Literaria” de C.L. de Guevara, 1891 (se trata de la edición que fue empleada por López Portillo y Rojas para la elaboración de sus libros). La edición moderna: Gobierno de Estado de Jalisco-Instituto Nacional de Antropología e Historia-Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 2 vol., 1973, véase en especial vol. 1. pp. 9-36.

⁵⁴ Matías de la Mota Padilla, *Historia del reino de Nueva Galicia en la América Septentrional* (1742), Guadalajara, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Instituto Jalisciense de Antropología e Historia-Universidad de Guadalajara, Colección Histórica de Obras Facsimilares, núm. 3, 1973.

⁵⁵ Fray Francisco Frejes, *Memoria histórica de los sucesos más notables de la conquista particular de Jalisco por los españoles*, Guadalajara, Imprenta del Supremo Gobierno a cargo del C. Juan María Brambila, Guadalajara, 1833, Edición facsimilar por Edmundo Aviña Levy, 1966.

Todo apunta a que la autoría del supuesto “Chimalhuacán” prehispánico habría que atribuirla a Alberto Santoscoy quien, al parecer, habría comenzado a hablar de ello a finales del siglo XIX. Sin embargo, cabe decir que este autor no dejó ningún texto publicado específicamente dedicado a este tema.⁵⁶ El hecho es que, a pesar de su muy endeble soporte, la teoría “chimalhuacana” permaneció como un tópico tan aceptado e indiscutido entre los historiadores jaliscienses de principios del siglo XX, al punto que José López Portillo y Weber, en su conocido libro *La Rebelión de Nueva Galicia*, escrito en 1939, llegó incluso a convertir al “Chimalhuacán” en el centro de una prolija reinterpretación histórico-literaria de la conquista española de esa región.⁵⁷ Sin embargo, a diferencia de Pérez Verdía, para López Portillo la estructura del viejo “Chimalhuacán” habría estado conformada, no por un conjunto de “monarquías” o tlatoanazgos, propiamente dichos, sino por “teocracias” gobernadas por “sacerdotes-guerreros”, practicantes todos ellos de una suerte de religión bélica, ligada con la brujería y el “nahualismo”.⁵⁸ Según López Portillo los jerarcas de esta religión, aglutinados en una sociedad secreta viejísima y poderosa, llamada la “orden de los nahuales”, al ver su poder en retroceso, habrían sido los encargados de organizar directamente y por medio de sus malas artes, la llamada rebelión del Mixtón:

[...] Y los nahuales de los aztecas, de los purépechas, de los cashcanes, de los coras de los tepehuanes, de los huarabes [...] se reconocieron hermanos en la impostura [...] y quizás también en la sinceridad. Pronto surgió la Hermandad de los Nahuales [...] Y en mi concepto, fué su Hermandad la que preparó la Gran Rebelión [...]⁵⁹

El libro de López Portillo y Weber es un interminable hilván en donde se entretejen, sin transición ni orden alguno, referencias enteramente hete-

⁵⁶ Luis Topete Bordes, *Jalisco precortesiano...*, p. 102.

⁵⁷ José López Portillo y Weber, *La rebelión de la Nueva Galicia*, México, Colección Peña Colorada, 1980 (Edición facsimilar de la del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1939).

⁵⁸ José López Portillo y Rojas, *La rebelión...*, p. 363.

⁵⁹ José López Portillo y Rojas, *La rebelión...*, p. 364. La ortografía está tomada del original.

rogéneas, entresacadas de las fuentes más diversas. Aparecen allí lo mismo trozos literalmente arrancados de obras históricas del periodo colonial, como las de Tello y Mota Padilla, al igual que referencias sacadas de fuentes publicadas en su tiempo, como las informaciones del juicio de residencia de Mendoza y junto con todo eso, irrumpe también una miríada de eventos enteramente inventados por el propio autor, todo ello de manera enteramente indiscriminada y sin el apoyo de un auténtico aparato crítico. No deja de sorprender entonces, la facilidad con la que una gran parte de los autores que escribieron más tarde sobre el tema de las rebeliones indígenas novohispanas y en particular, acerca de la del Mixtón, terminan adoptado lo esencial de la interpretación de López Portillo sobre ese evento. En efecto, autores como Luis González Obregón,⁶⁰ Maria Elena Galaviz de Capdeville,⁶¹ o más recientemente Carlos Lázaro Ávila,⁶² José Francisco Román Gutiérrez,⁶³ Carlos Sempat Assadourian,⁶⁴ o Ethelia Ruiz Medrano,⁶⁵ por citar solamente algunos de los más importantes, aceptan todos, sin mayor comentario crítico, la existencia de una suerte de entidad política de orden cuasi-estatal, semejante en todo punto a la “Confederación chimalhuacana” de López Portillo, la cual

⁶⁰ Luis González Obregón, *Rebeliones indígenas y precursoras de la independencia mexicana en los siglos XVI XVII XVIII*, México, Ediciones Fuente Cultural, 1952.

⁶¹ Maria Elena Galaviz de Capdeville, *Rebeliones indígenas en el norte de la Nueva España (siglos XVI XVII)*, México, Editorial Campesina, 1967.

⁶² Lázaro Ávila Carlos, *Las fronteras de América y los “Flandes Indianos”*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Centro de Estudios Históricos Departamento de Historia de América, 1997.

⁶³ José Francisco Román Gutiérrez, *Sociedad y evangelización en Nueva Galicia durante el siglo XVI*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco- Universidad Autónoma de Zacatecas-INAH, 1993, igualmente: Román Gutiérrez José Francisco Tezcatlipoca y la guerra del Mixtón. Ponencia Coloquio Mesoamérica y la Guerra del Mixtón, Zacatecas INAH-Universidad Autónoma de Zacatecas-El Colegio de Jalisco, abril 1994.

⁶⁴ Carlos Sempat Assadourian, “Esclavos plata y dioses en la conquista de los teúles chichimecas”, en: Margarita Menegus, coord., *Dos décadas de investigación en historia económica comparada en América Latina. Homenaje a Carlos Sempat Assadourian*, México, El Colegio de México-CIESAS-Instituto Mora-UNAM CEU, 1999, 63-96.

⁶⁵ Ethelia Ruiz Medrano, “Versiones sobre un fenómeno rebelde: la guerra del Mixtón en Nueva Galicia”, en: Eduardo Williams ed., *Contribuciones a la arqueología y etnohistoria del Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994, 355-378.

habría dirigido la guerra. Sin embargo, ninguno de ellos se ha ocupado de demostrar, ni mucho menos de explicar, la existencia de una tan peculiar estructura “político-guerrera” en sociedades como las que ocupaban la Nueva Galicia en tiempos de su conquista.

Los únicos autores que se han dado a una tarea semejante son Phil Weigand y Acelia C. de Weigand.⁶⁶ Abordando el tema de la guerra del Mixtón desde la arqueología, los Weigand proponen que los cazcanes, principales actores de ese drama, habrían sido descendientes directos de corrientes de inmigración tolteca, llegadas hasta tierras norteñas desde la Mesoamérica nuclear desde los siglos II o III DC. Para el siglo XI, estos mesoamericanos habrían terminado por crear entonces en Chalchihuites, un gran “centro minero”, dedicado a la extracción y a la manufactura de piedras cristalinas de origen volcánico de alto valor para el mundo mesoamericano, como lo serían en este caso, la turquesa y la obsidiana.⁶⁷ De acuerdo siempre con estos autores, en el momento de su mayor esplendor, habrían florecido en esta región, asentamientos sumamente importantes, algunos de ellos con características totalmente “urbanas”, los cuales albergaban en su seno a muchos miles de habitantes en áreas sumamente reducidas. Es el caso de Etzatlán, en donde, de acuerdo con sus cálculos, en un área de solamente 600 hectáreas, se habrían hacinado entre 10,000 y 15,000 habitantes en tiempos de su esplendor.

Este último es un cálculo a todas luces desmesurado: de ser así, estaríamos hablando de densidades de población del orden de 1600 a 2500 habitantes por kilómetro cuadrado, es decir, incomparablemente superiores a las de cualquier ciudad preindustrial del Viejo o del Nuevo Mundo, e incluso muy superiores a la que presentaban las ciudades industriales del siglo XIX europeo o norteamericano.⁶⁸ De hecho, semejantes rangos de población sólo aparecen históricamente, en las grandes capi-

⁶⁶ Phil C. Weigand-Acelia C. de Weigand, *Tenamaxtli y Guaxicar. Las raíces profundas de la rebelión de la Nueva Galicia*, Zamora, El Colegio de Michoacán-Secretaría de Cultura de Jalisco, 1996.

⁶⁷ Phil C. Weigand-Acelia C. de Weigand, *Tenamaxtli y Guaxicar...*, pp. 86-87.

⁶⁸ Véase por ejemplo: Paul Bairoch, *De Jérico a México. Villes et économies dans l'histoire*, París, Editions Gallimard, Col. Arcades, núm. 4, 1985, especialmente pp. 318-349.

tales del siglo xx.⁶⁹ Pero independientemente de estos cálculos, cuya justeza no discutiremos más aquí, el hecho es que para estos, lo que encontraron los españoles en tierras de los cazcanes, no habrían sido sino los restos de esa vieja organización.⁷⁰ Explican que al caer en decadencia el “sistema de comercio a larga distancia” de 1300 años de antigüedad, al cual habría pertenecido Chalchihuites,⁷¹ este viejo núcleo de origen tolteca habría terminado por transformarse en una “marca” militar fronteriza mesoamericana, encargada de contener los ataques de los irredentos chichimecas.⁷² Todo ello le habría conferido a este enclave mesoamericano un carácter eminentemente militar, el cual, de acuerdo con esta interpretación, hubo de conservar hasta tiempos de la conquista.⁷³

En este punto, la interpretación de los Weigand se asemeja en gran medida a la visión de López Portillo sobre el Mixtón. Según aquellos dos autores, al tiempo de la conquista, la sociedad cazcana habría estado dominada no por una “sociedad secreta” de brujos-sacerdotes y guerreros, como en López Portillo y Weber, sino por “linajes poderosos”, herederos la vieja “élite conquistadora” de origen tolteca creadora de aquella “marca” fronteriza mesoamericana varios siglos atrás. Al igual que lo que López Portillo postula para sus “sacerdotes-guerreros” de la orden del nahual, los Weigand insisten también en que los “linajes guerreros” que dominaban la vieja “marca” tolteca del Norte, mantenían lazos estrechos con otros “señores” indios diseminados por lo que ellos llaman la región transtarasca: un territorio de extensión y límites muy semejantes a los que López Portillo marcaba para su vieja Chimalhuacán y que

⁶⁹ Phil C. Weigand-Acelia C. de Weigand, *Tenamaxtli y Guaxicar...*, p. 65. La cifra citada equivaldría a poco más o menos, la mitad de la densidad de población que presentaba la ciudad de México al momento del censo del 2000, era de 5,737 habitantes por km². Dato consultado en <http://www.df.gob.mx/secretarias/social/copodf/prog3.html#disyden> Gobierno de la ciudad de México, Programa de Población 2006-2012.

⁷⁰ Beatriz Braniff, “Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana”, en: Betty Bell, *The Archaeology of West Mexico*, Ajijic Jalisco, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, 1974, 40-50.

⁷¹ Phil C. Weigand-Acelia C. de Weigand, *Tenamaxtli y Guaxicar*, especialmente p. 83.

⁷² Curiosamente, desde ese punto de vista, los cazcanes son vistos allí como un “antecedente” del sistema español de presidios.

⁷³ Phil C. Weigand-Acelia C. de Weigand, *Tenamaxtli y Guaxicar*, especialmente pp. 85-121.

por curiosa coincidencia, corresponden también *grosso modo*, con los de la Nueva Galicia, sin las provincias de Aztatlán, Chiametla y Culiacán.⁷⁴ En ambas interpretaciones, igualmente, estos personajes, “sacerdotes-guerreros”, por un lado, “cabeza de linajes guerreros”, por la otra, habrían sido los encargados de difundir voluntariamente la semilla de la guerra y de “coordinar” los ataques a los españoles, teniendo siempre como principal bastión el peñol del Mixtón.⁷⁵ La deuda de esta interpretación con las tesis de López Portillo y Weber, expuestas casi seis décadas atrás, es perfectamente clara y sin embargo, por alguna razón que desconocemos, los Weigand nunca citan a ese autor en sus trabajos. Pero más allá de este hecho, resaltemos que una vez más que en esta interpretación, la postulada existencia de estructuras políticas de orden metalocal entre las sociedades aborígenes de la Nueva Galicia en tiempos de su conquista no resulta visible para el investigador más que en un único y muy específico contexto documental: el que se origina alrededor de la guerra del Mixtón.

Pero no dejemos de lado que para 1539, es decir, al tiempo en el que las guerras recrudecían en la Nueva Galicia y se daba inicio a la llamada “rebelión del Mixtón”, grandes y muy profundas transformaciones se habían operado ya en el seno de las sociedades aborígenes locales, muchas de ellas resultado de la irrupción masiva, súbita y violenta, de varias decenas de miles de mesoamericanos. De entre ellos, los más activos fueron ciertamente los “mexicanos”, de quienes se consigna que, actuando a la vera de los españoles durante la expedición de Nuño de Guzmán, arrasaron y quemaron pueblos, capturaron esclavos y terminaron convertidos en la verdadera punta de lanza de la expedición. Quizás pudieran ponerse en duda, aunque quizás con poco éxito, los testimonios que acusan a los “mexicanos” de haber cometido brutalidades y devastaciones en las tierras conquistadas. Pero el hecho es que, mientras todo eso sucedía, estos mismos “mexicanos” se encargaron también de dar nombre, uno tras otro y en su propia lengua, a todos los lugares importantes poblados de chichimecas que encontraron. Así, cuando la expe-

⁷⁴ Phil C. Weigand-Acelia C. de Weigand, *Tenamaxtli y Guaxicar*, pp. 65-83. Sobre los límites de las provincias de Aztatlán y Chiametla: Salvador Álvarez, *Chiametla...*, pp. 5-9.

⁷⁵ Phil C. Weigand-Acelia C. de Weigand, *Tenamaxtli y Guaxicar...*, pp. 116-117.

dición de Nuño de Guzmán tocó a su fin, la Nueva Galicia contaba ya con una muy extensa toponimia, pero casi toda con consonancias en náhuatl. Y sin embargo, es claro que la lengua originaria de estos grupos, incluyendo a los propios “cazcanes”, no era el náhuatl, como se atestiguaría más tarde, por ejemplo, en las *Relaciones Geográficas* de la década de 1580.⁷⁶ Sería imposible saber si estos nombres de lugares en náhuatl correspondían en algo con algún tipo de unidad territorial propia a las sociedades aborígenes locales, o si al menos esos términos traducían algo de la toponimia empleada por los habitantes de la región en sus propias lenguas. Ambas cosas resultan inciertas y poco probables, pero lo que sí sabemos es que para los españoles, darle nombre a todos esos lugares no era una operación intrascendente, pues fue justamente de esos topónimos de que se sirvieron desde un principio para diferenciar y repartirse entre ellos las primeras encomiendas en la Nueva Galicia.

Como lo apuntábamos antes, al momento de distribuir sus primeras encomiendas, Guzmán se preocupó muy poco de las cuestiones de protocolo. Como en tantos otros lugares, los indios sometidos al vínculo de la encomienda fueron directamente repartidos entre los soldados, prácticamente a manera de botín de guerra. No se hizo, por ejemplo, reconocimiento o conteo alguno de tributarios para marcar la cuantía del tributo a recibir por el feudatario, ni mucho menos se nombraron caciques, ni cabildos para los pueblos, a la manera como se había hecho desde un principio en el centro de la Nueva España. La única y más que exigua formalidad que acompañó a estos repartos de encomienda, fue la expedición de títulos por parte del gobernador a nombre de sus soldados y capitanes (cuyos registros son, por cierto, la principal fuente de estudio de que disponemos sobre ellos).⁷⁷

⁷⁶ Hemos tratado este tema más ampliamente en: Salvador Álvarez, “De “zacatecos” y “tepehuanes”: dos dilatadas parcialidades de chichimecas norteros”, en: Chantal Craumaussel, coord., *La Sierra Tepehuana. Asentamientos y Movimientos de población*, Zamora, El Colegio de Michoacán 2006, en especial pp. 111-112.

⁷⁷ Si bien, los títulos originales de encomienda expedidos por Nuño de Guzmán, se hallan perdidos, una buena parte de ellos fue compilada y reportada por el visitador Miguel de Contreras Guevara en sus informes al oidor Juan de Ovando. Estos han sido reproducidos en: Rafael Diego Fernández Sotelo, *La primigenia Audiencia de la Nueva Galicia...* Otra parte de los mismos aparece también mencionada en: Mariano González Leal ed.,

Los españoles en ese tiempo, jamás reconocieron como tales a eventuales “señores” o “principales” indios, ni mucho menos les otorgaron funciones de gobierno. De hecho, si revisamos las crónicas de la campaña de los Tebles Chichimecas, que es el único hábeas de documentos de origen presencial de que disponemos acerca del periodo de la conquista de Nuño de Guzmán, nos daremos cuenta de que en ninguna parte se hace referencia allí a la existencia de “señoríos” precisos (con algún nombre particular, por ejemplo) ni se hace alusión tampoco a la existencia de ningún otro tipo de estructura político-territorial de alcance extra-local, al menos que pareciera perceptible para los españoles. Ciertamente, en diversos pasajes de esas crónicas aparecen referencias a lugares más poblados que otros, señalados como importantes y se habla aquí y allá de la presencia, en algunos poblados, de “principales” o “señores”. Sin embargo, de ningún lugar específico se habla como “centro” o sede de algún poder o jurisdicción precisa, ni se atribuye a esos personajes poder o importancia especiales.

Fue el caso, por ejemplo, del “señor” de Chapala, el cual, imposibilitado de entregar a los expedicionarios los “tamemes” y comida que le reclamaban, fue simplemente hecho aperrear por el muy magnífico señor Guzmán.⁷⁸ Podría incluso contrastarse este caso con el del calzonzi, al cual Guzmán le atribuyó el título de “rey” de Michoacán. En lugar de

Relación secreta de conquistadores. Informes del archivo personal de emperador Carlos I que se conserva en la biblioteca del Escorial años de 1539-1542, Guanajuato, Taller de Investigaciones Humanísticas de la Universidad de Guanajuato, 1979. Otras fuentes complementarias son la Suma de Visitas y el Epistolario de la Nueva España, recopilados por Francisco del Paso y Troncoso, *Papeles de Nueva España. Geografía y estadística. Suma de visitas de pueblos por orden alfabético*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1905; *Epistolario de la Nueva España*, México Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1938-1942, 16 vols. Estas últimas fuentes y otras más han sido excelentemente compiladas y resumidas sistemáticamente por: Peter Gerhard, *The North Frontier of New Spain*, Norman y Londres, University of Oklahoma Press, 1993. Otras referencias valiosas se encuentran también en: Thomas Hillerkuss, comp., *Documentalia del sur de Jalisco: siglo XVI*, Zapopan, El Colegio de Jalisco-INAH, 1994.

⁷⁸ Gonzalo López, “Relación del descubrimiento y conquista que se hizo por el gobernador Nuño de Guzmán y su ejército en las provincias de la Nueva Galicia escrita por Gonzalo López y autorizada por Alonso de Mata escribano de SM año de 1530”, en: José Luis Razo Zaragoza ed. *op. cit.*, p. 70.

deshacerse inmediatamente de él, Guzmán prefirió, como Cortés con Moctezuma, retenerlo en su poder, pensando que ello le aseguraría la “fidelidad” de los sujetos del mismo y le permitiría descubrir, eventualmente, el oro y demás riquezas que en su imaginación debían existir. Pero lo cierto es que, al final, decepcionado del poco impacto que la prisión del calzonzi pareció causar entre sus supuestos “sujetos”, Guzmán terminó sometándolo a una muerte infamante, señal clara de que el pobre “rey tarasco” nunca pudo cumplir con lo que se le exigió. Queda como consuelo para la imagen de este “rey” el que el conquistador le hubiera atribuido una cierta influencia sobre los indios del Michoacán, aunque tal poder pareciera rebelarse luego muy endeble. Por lo mismo, no deja de ser significativo el que no se encontrara en la Nueva Galicia ningún personaje al que se le atribuyeran funciones ni lejanamente semejantes a las que se imaginaron para el calzonzi.

Ante la ausencia de estructuras sociales preexistentes capaces de generar movimientos estables de tributación en productos y mano de obra para ellos, los conquistadores recurrieron a métodos coercitivos para obtenerlos, sin reparar para ello en la naturaleza o características de los asentamientos sometidos: simplemente se conformaron con distinguirlos por tamaños. En efecto, si observamos la manera como Nuño de Guzmán distribuyó encomiendas entre sus soldados, no es difícil llegar a la conclusión de que el único criterio que rigió esa repartición fue de orden estrictamente jerárquico: los lugares mejor poblados y potencialmente más provechosos fueron siempre acaparados por el gobernador y sus principales capitanes, mientras que el resto quedó para los simples soldados. Nuño de Guzmán, por ejemplo se reservó en la región de Compostela, cercana a la capital provincial, los pueblos del Río de Tepique, considerados como los más ricos y mejor poblados de la zona. Más al sur, en Purificación, se quedó con Itán y Opono, mientras que en las montañas al oeste de Compostela, seleccionó Amajaque, Amatlán y Aguacatlán, Izmitique, Jaliango, Tepucucán y Atengo, todos cercanos, por cierto, a la zona donde más tarde se abrirían las minas de Guachinango. Por su parte, en los alrededores del lago de Chapala tomó posesión de Calatitlán, Cuitzeo, Poncitlán, Atemajac, Tetlán, Tlaquepaque, Tonalá y Zalatitlán. No conforme con ello, se atribuyó también los poblados de Navito, Colometo y Diabuto, de la lejana provincia de Culia-



Pascua. En las montañas al este de Purificación, se quedó con Mezquitlán, Tecamatlán, Tepozpitzaloya y Coyatlán.⁷⁹

Los ejemplos de podrían multiplicarse. Sin embargo, más allá del acaparamiento practicado por los grandes capitanes, lo que muestran también los ejemplos citados es la fuerte dispersión geográfica que presentaban las encomiendas en la Nueva Galicia de ese tiempo.

Como puede verse, en esta frontera la distribución de encomiendas no rebela ningún patrón geográfico ordenado: lejos de ello, los pueblos de encomienda se hallaban dispersos por los cuatro rumbos del enorme territorio que conformaba la Nueva Galicia. Es claro que uno de los factores que explican esta dispersión era justamente el carácter insumiso de las poblaciones, de manera que, teniendo necesidad de mano de obra y sobre todo de avituallamiento, los conquistadores se vieron obligados a *encomendar* no sólo a los habitantes de los lugares vecinos a sus propios asentamientos, sino extender sus exacciones sobre una vasta área geográfica. Añadido a la captura sistemática de esclavos indios (los cuales luego eran vendidos en el centro de Nueva España),⁸⁰ todo ello hizo que, al igual que las encomiendas, la guerra se diseminara también por los cuatro rumbos de la provincia, con tanta violencia que en varios frentes los conquistadores se vieron reducidos a la defensiva e incluso fueron expulsados de regiones enteras.

Fue en este contexto, por ejemplo, que se dio el desamparo de la primitiva villa de Chiametla, la cual luego fue completamente destruida por los indios. Esto entrañó que los españoles se retiraran por varias décadas de la extensa franja costera situada entre Compostela y Culiacán.⁸¹ Dos años después, fue el turno de la villa de Purificación la cual llegó a ser asediada por los indios, si bien fue finalmente salvada. Pero la que no

⁷⁹ Las referencias sobre las encomiendas citadas arriba se hallan en: Rafael Diego Fernández, *La primigenia...*, 1994, pp. LXXII, 291-2; Peter Gerhard, *op. cit.*, pp. 67, 90, 118, 151, 154 y 155.

⁸⁰ Tema ampliamente desarrollado por Silvio Zavala, *Los esclavos indios en Nueva España*, México, El Colegio Nacional 1994 (1967).

⁸¹ Relación de la villa de Espíritu Santo que fue fundada por Nuño de Guzmán, gobernador que fue de este reyno, 1533, en: Antonio Nakayama, *Documentos inéditos e interesantes para la historia de Culiacán*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa-Instituto de Investigaciones de Ciencias y Humanidades, Col. Rescate núm. 13, 1982.

corrió con la misma suerte, fue la primitiva Guadalajara ubicada en Nochistlán, la cual tuvo que ser abandonada para ser refundada más al sur en Tlacotlán. A partir de ese momento, la mayor parte de la gente de Guzmán se resguardó en las dos villas principales de la provincia, es decir, Compostela que era la capital y Purificación, la segunda en importancia, quedando tan sólo Culiacán como un lejano enclave en relativa paz.

Si ya desde el momento mismo de la llegada de la expedición de Guzmán, la guerra había asolado cruelmente la región de los Tebles Chichimecas, sus efectos se hicieron mucho más devastadores por efecto del terrible “choque microbiano” que la acompañó. Las epidemias, de las cuales ya los propios cronistas de la expedición nos dan lúgubre testimonio, continuaron abatiéndose sin cesar sobre el conjunto de la provincia y al igual que en el resto de las tierras nuevas americanas, la pestilencia golpeó con particular fuerza a los habitantes de las regiones costeras y demás “tierras calientes”. Por su parte y a la par de este cataclismo en marcha, los años 1535-1540 estuvieron también llenos de turbulencias en el seno de la naciente sociedad española local. Una de los más importantes fue el encarcelamiento y destierro de Nuño de Guzmán, a raíz del cual una buena parte de sus antiguos soldados y capitanes abandonó también la provincia, por temor de sufrir la misma suerte que su jefe. Quedaron así casi desolados los dos principales bastiones de los españoles en la provincia: las villas de Compostela y Purificación, hasta que al final, la región costera de la Nueva Galicia terminó transformada en una auténtica “tierra de nadie”.

Tal era el panorama al momento de la llegada de Diego Pérez de la Torre, sucesor de Nuño de Guzmán en el gobierno de la provincia. Si bien, en ese momento Compostela seguía siendo oficialmente la capital de la provincia, los colonizadores se fueron alejando progresivamente de las zonas costeras, asoladas por la guerra y las epidemias, para refugiarse en las tierras altas del interior y muy particularmente en la región alrededor del gran lago de Chapala. Sin embargo, lo peor fue que, al desplazarse el eje de la presencia de los recién llegados, españoles e “indios amigos”, hacia aquella parte de la provincia, las guerras se trasladaron junto con ellos hacia las altas cuencas del altiplano volcánico.

Ni el sucesor de Guzmán, el malogrado Diego Pérez de la Torre, ni su reemplazante en el gobierno, Francisco Vázquez de Coronado, ten-

drían finalmente ni el tiempo ni los recursos necesarios para remediar esta situación. Coronado de hecho, llegó a la provincia con un cometido claro que tenía que ver con la Nueva Galicia: emprender la conquista del imaginariamente lejano y riquísimo reino nombrado de Las Siete Ciudades y a ello consagró sus mejores esfuerzos. En enero de 1540, el gobernador alcanzó finalmente su objetivo y salió de la ciudad de México al mando de su expedición, para atravesar, un mes después, la Nueva Galicia, en donde terminó arrastrando consigo a numerosos pobladores de la misma. Así, después de un muy breve periodo durante el cual el poblamiento español se había visto reforzado por la llegada de gente en el entorno de los dos nuevos gobernadores, la desbandada provocada por la expedición de las Siete Ciudades, dejó a la provincia sumamente desguarnecida y al mismo tiempo sumergida en el mismo estado de guerra endémica que la había asolado por años.

Mientras Coronado continuaba con su expedición por el norte lejano, el gobierno local quedó en manos de Cristóbal de Oñate, un antiguo capitán de Guzmán, el cual eligió como sede, no ya Compostela, la virtualmente abandonada capital oficial de la provincia, sino la villa de Guadalajara, segunda de ese nombre, ubicada por entonces a la vera del pueblo de Tlacotlán. Pero el recibimiento que le dieron los indios de guerra al nuevo capitán no fue más afectuoso que el propinado a sus antecesores, de suerte que la guerra continuó con todo su impulso. Queriendo remediar la situación, durante todo el año de 1540 y parte de 1541, Oñate se empeñó en organizar una serie de *entradas*, es decir incursiones de guerra, por toda la parte norte de la Nueva Galicia, las cuales resultaron tan sangrientas como infructuosas. Tanto fue así que los españoles nuevamente se encontraron reducidos a la defensiva y compelidos a solicitar el auxilio urgente del virrey Mendoza para mantener sus posiciones. Por órdenes de éste último, el *Adelantado* Pedro de Alvarado, quien se hallaba preparándose para participar en la expedición de las Siete Ciudades, pasó a la provincia para pacificarla, pero con tan mal sino que murió arrastrado por un caballo, después de una batalla en las cercanías de Juchipila. Todo ello, lejos de apaciguar los ánimos, empeoró el estado de guerra, al punto que, en junio de 1541, la ya para entonces “ciudad” de Guadalajara fue atacada por un nutrido contingente de indios de guerra. La nueva Guadalajara sobrevivió al ataque con muy po-

cas pérdidas entre los colonos, pero los clamores de alerta y auxilio enviados por éstos, añadidos a la noticia de la muerte de Alvarado, terminaron por sembrar el temor de una posible debacle española en la Nueva Galicia. El virrey Mendoza reaccionó entonces decretando la guerra “a fuego y a sangre” contra los indios de esa frontera, al tiempo que disponía todo lo necesario para partir él mismo a la cabeza de un ejército y aplastarlos de una vez por todas. Fue ese el punto de partida de la tristemente célebre guerra llamada “del Mixtón”.⁸²

Una vez más el peso de los grandes números: la “Guerra del Mixtón” y el establecimiento definitivo de la encomienda y el tributo en la Nueva Galicia

Tres han sido los textos fundamentales que han nutrido la mayor parte de las interpretaciones historiográficas acerca de esa célebre “rebelión” en el siglo xx. El primero de ellos, es la serie de informaciones y descargos redactados en 1547, por el virrey Antonio de Mendoza, con motivo de las acusaciones enderezadas contra él durante la visita de Juan Tello de Sandoval de 1544. Basado en testigos de cargo, este visitador había acusado al virrey de tolerar todo tipo de exacciones contra los indios, propiciando con ello la insurrección, añadiendo además que la guerra ordenada contra ellos por el virrey había sido jurídicamente “injusta” además de innecesariamente cruel. En sus descargos, Mendoza negaba haberse cometido tales excesos contra los indios” y argüía que, estando en “paz” la provincia, la verdadera causa del conflicto se hallaba en la intervención de un grupo de hechiceros “demoníacos”, quienes con sus malas artes habían soliviantado a los indios contra los españoles. Eso era, de acuerdo con el virrey, lo que lo había literalmente obligado a intervenir de manera tan “severa” como lo había hecho.⁸³

⁸² Auto en que se mandó a hacer la guerra a los indios de Nueva Galicia, Mexico 1 juín 1541, en: Ciriaco Pérez Bustamante, *Don Antonio de Mendoza primer virrey de la Nueva España (1535-1550)*, Santiago de Compostela, Anales de la Universidad de Santiago, vol. 3, Tipográfica del Eco Franciscano, doc. x, 1928, 169.

⁸³ Los descargos de Mendoza y otros documentos anexos han sido reproducidos en gran parte en: Ciriaco Pérez Bustamante, *op. cit.*, pp. 77 y ss.; Véase igualmente Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, vol. 2, México, Editorial Porrúa, 1980, 62 y ss.

El segundo texto fundamental en esta historia es la *Crónica Miscelánea* de Antonio Tello, escrita, por cierto, un siglo después de los acontecimientos, esto es, 1653. Allí la guerra aparece ya revestida de tintes resueltamente épico-salvíficos, al tiempo que el relato se ve condimentado con diálogos particulares, batallas, discursos, hazañas guerreras y hasta eventos tan extraordinarios como la intervención del apóstol Santiago y del arcángel San Miguel en auxilio de los españoles. Sin embargo, la gran y enorme limitante de esta crónica desde el punto de vista de la historiografía moderna, proviene del hecho de que el autor no sólo no cita sus “fuentes”, como era usual en la época, sino que mezclaba con toda naturalidad hechos aparentemente tomados de documentos antiguos y quizás incluso de tradiciones orales, con descripciones y relatos supuestamente “presenciales” de eventos acaecidos un siglo atrás, los cuales sólo son citados por este autor y por nadie más.⁸⁴

El tercer texto básico de esta serie, es la crónica escrita en Madrid en 1552 por Fray Bartolomé de las Casas, a partir de testimonios recogidos por el propio dominico en Madrid, del célebre Francisco Tenamaztle. Este era un indio aparentemente originario de la Nueva Galicia que había sido criado por los franciscanos y el cual, en su calidad de cristiano e hispanohablante, había sido colocado por los españoles como *temastlán* y *cacique* con vara de justicia, en Nochistlán. Pese sus antecedentes, el citado Tenamaztle aparentemente participa en la guerra del Mixtón en contra los españoles, por lo que fue capturado y enviado por el virrey Mendoza a España para que fuera juzgado en el marco del proceso que se le seguía. Allí lo conoció Las Casas en 1552, es decir, en la época en que desarrollaba su célebre debate con Sepúlveda. Inspirado por este caso, Las Casas desarrolla entonces un breve en donde deslegitima la intervención de los españoles en contra de los indios Mixtón, en nombre del derecho natural y tocante al tema de la capacidad de resistir y huir, por parte de quien es oprimido por una tirano. Más tarde, este escrito sería incorporado por las Casas a su *Brevísima Relación de la destrucción de las Indias* de 1558.⁸⁵

⁸⁴ Fray Antonio Tello, *op. cit.*, p. 226-398.

⁸⁵ Reproducido en: Salvador Reinoso ed., *Relación de agravios hechos por Nuño de Guzmán y sus huestes a don Francisco Tenamaztle. Introducción y notas de Salvador Reinoso*, México, Porrúa Hermanos, Col. Siglo XVI, núm. 6, 1959; Véase igualmente: Miguel de León

Juntos estos tres textos han servido como base a la mayor parte de las modernas interpretaciones historiográficas de la llamada guerra del Mixtón, de López Portillo y Weber a los Weigand. Sin embargo, vale la pena llamar la atención acerca de las enormes dificultades que subyacen a la empresa de basarse en escritos que más que “fuentes directas” de los hechos allí relatados, resultan ser, más bien, sujetos de estudio y de interpretación. Así, por ejemplo, cuando Mendoza en sus *descargos*, afirmaba que la provincia se hallaba “en paz” en 1539, mentía flagrantemente y a sabiendas. Al evocar a esos “misteriosos” y desconocidos “hechiceros”, Mendoza desplazaba los orígenes de la guerra hacia una causa absolutamente externa a su propia actividad y a la vida de los españoles, exculpándolos a ellos e inocentándose él mismo.

Aún si se aceptara (sin conceder) la existencia de una “conjura” cobijada en un ambiente “milenarista” y suponiendo también que “misteriosos hechiceros” hubieran atizado la violencia, de cualquier modo eso no hubiera cambiado un elemento esencial del problema: esa “guerra” no se inició, ni mucho menos, en 1539. La violencia venía de mucho tiempo atrás, de modo que con o sin conjura, con o sin hechiceros, la conflagración que desde hacía tantos años ya, había hecho arder el resto de la Nueva Galicia, tarde o temprano hubiera alcanzado también a la región de los llamados “cazcanes”. Si ésta llegó hasta allí justo hacia 1539, ello se debió a un vector muy fácilmente identificable: los propios colonizadores y sus indios amigos. Al, desplazar hacia el norte el eje de la guerra y encontrarse en una región que había permanecido hasta entonces relativamente al margen de la actividad española y probablemente por eso mismo, menos golpeada por la guerra, las epidemias y el despoblamiento, nada tiene de extraño el que los conquistadores se encontraran con adversarios más numerosos y activos.

Describir esta guerra como fruto de un “levantamiento” indígena “repentino”, cuyos orígenes no iban más atrás de 1539, no hace sino idealizar artificialmente estos eventos, al precio de perder perspectiva

Portilla, *La flecha en blanco. Francisco Tenamaztle y Bartolomé de las Casas en lucha por los derechos indígenas 1541-1556*, México, El Colegio de Jalisco-Diana, 1995.

de conjunto.⁸⁶ Lejos de haberse tratado de una “rebelión” puntual, a lo que se asistía en esa región, a finales de la década de 1530, era a un episodio más de un proceso de alcance mucho más general. Se trataba del choque entre los conquistadores españoles y sus aliados indios, provenientes de las zonas de altas civilizaciones demográficamente densas, con poblaciones aldeanas, de baja densidad demográfica. En el caso de la Nueva Galicia, el proceso se inició en 1529, pero como vimos, el mismo fenómeno se había verificado ya antes en otras provincias, como las de los Motines, por ejemplo y se repetiría después infinidad de veces en todas las latitudes americanas.

No puede negarse, de cualquier modo, que la guerra llamada “del Mixtón” marcó un hito en la historia de la colonización del norte novohispano. Pero lo que verdaderamente hizo diferente a esta guerra, no fue la “belicosidad” de los indios, pues eso es algo que se encontró en muchas otras partes con mayor o menor intensidad tanto antes como después de estos eventos. Fue, una vez más, la intervención masiva de gente proveniente de las regiones de alta civilización y densidad demográfica de la llamada Mesoamérica nuclear, la que le imprimió singularidad y llenó de tintes dramáticos a este episodio de las conquistas americanas. En efecto, en respuesta al llamado de los vecinos de Guadalajara y ante la noticia de la muerte del *Adelantado* Pedro de Alvarado en combate, en septiembre de 1541, Antonio de Mendoza se puso en marcha a la cabeza de un impresionante ejército, capaz de aplastar literalmente, no sólo a los insumisos de la Nueva Galicia, sino a cualesquiera otros. Éste estaba formado por más de 500 soldados españoles bien armados (algunos cronistas llevan la cifra hasta 1,000 soldados), de entre los cuales había cuando menos 300 hombres de a caballo con impedimenta de guerra completa y todos ellos acompañados por poco más o menos 50,000 indios amigos provenientes de Tlaxcala, Cholula, Guaxango, Tepeaca, Texcoco, Chalco, Amecameca, Tenango y Xochimilco.⁸⁷ Por se-

⁸⁶ Véanse los trabajos ya citados de Ethelia Ruiz Medrano, *Versiones...* y Carlos Sempat Assadourian, *Esclavos plata y dioses...*

⁸⁷ Relación de la jornada que hizo don Francisco de Sandoval Acazitzli, cacique y señor natural que fue del pueblo de Tlamanalco, provincia de Chalco, con el señor visorrey Don Antonio de Mendoza cuando fue a la conquista y pacificación de los indios chichimecas de

gunda vez en dos décadas, los españoles echaban mano de esa todavía inagotable fuente de recursos humanos que era el corazón del viejo mundo náhuatl. Un simple llamado de armas y unas pocas semanas de preparativos, le fueron suficientes al virrey para conformar aquél que aparecía como el mayor ejército jamás visto en la Nueva España desde la toma de Tenochtitlán. Tanta facilidad da una idea clara de la cuantía de los recursos humanos de que los españoles seguían disponiendo en ese entonces, pero al igual que en tiempos de Nuño de Guzmán aquello que en el centro de la Nueva España seguía pareciendo no solamente posible, sino hasta sencillo, para los aldeanos de la Nueva Galicia representó el anuncio del desastre final.

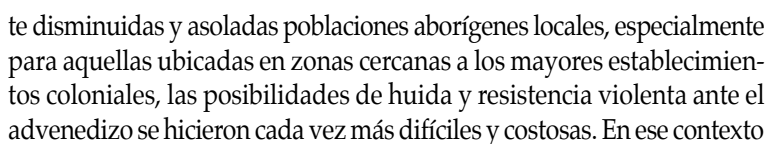
El relato de esa expedición es demasiado conocido como para que necesite ser referido. Recordemos simplemente cómo el primer objetivo de Mendoza consistió en aniquilar los indios de la región de los “Peñoles”, es decir, a aquellos que habían derrotado y causado la muerte del comendador Alvarado y puesto bajo sitio Guadalajara. Eso prueba que, efectivamente, esa gente era considerada como una amenaza y ese miedo explica también las dantescas matanzas, las tácticas de tierra arrasada, de captura masiva de cautivos y de destierro que fueron empleadas contra ellos. Pero un aspecto del que se habla mucho menos en este caso es que, en realidad, el objetivo del virrey no consistió solamente en aniquilar a los indios de los Peñoles, sino en “pacificar”, de una vez y por todas, el conjunto de la Nueva Galicia. Es por eso que la hueste no fue disuelta después de la eliminación de los indios de los peñoles de Nochistlán, Juchipila y demás pueblos del norte de la Nueva Galicia. Lejos de ello, Mendoza dispuso que la marcha continuara, sólo que esta vez en dirección del suroeste, hacia Ixtlán, Jalacingo y Aguacatlán, regiones todas que se hallaban de guerra y en donde Mendoza hizo la guerra “a sangre y a fuego” contra los indios, aplastando un asentamiento tras otro, hasta someterlos de paz. Lo mismo hizo luego en la provincia de Compostela en donde, utilizando métodos análogos, “redujo” de paz a los alzados que llevaban ya más de una década en ese estado.⁸⁸

Xuchipila, en: Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos...*, vol. II, pp. 307-332.

⁸⁸ El relato de toda esta parte de la expedición se halla en Francisco de Sandoval Acaztitl, *Relación de la jornada...*, pp. 325-327.

Los años 1542-1550 representaron para la Nueva Galicia el fin de una época y el inicio de otra. La provincia entera había sido una vez más pasada a fuego y a sangre y con ello la guerra se alejaría, cuando menos de la parte central de la provincia. Sin embargo vale la pena reflexionar acerca de cómo esta “paz” era de un tipo muy distinto de la que se había establecido un par de décadas atrás en el centro de la Nueva España. Aquí, la paz derivaba de dos causas, la primera, el profundo quebranto que las repetidas guerras y epidemias habían provocado en el seno de aquellas sociedades aldeanas, y la segunda que los españoles y sus aliados indios se hicieron más numerosos y por lo mismo más fuertes. Durante la primavera de 1542, regresó por fin el gobernador Francisco Vázquez de Coronado al frente de su ejército después de su malograda expedición a las Siete Ciudades. Con el refuerzo de esa gente, más los remanentes del nada despreciables ejército de Mendoza, la situación numérica de los colonizadores mejoró sensiblemente. Gracias a ello, ese mismo año las autoridades de la provincia desplazaron la destruida “ciudad” de Guadalajara desde su antiguo asiento en Tlacotlán, para volverla a fundar más al sur en el valle de Atemajac. Ya en su asiento definitivo, la nueva ciudad se consolidó rápidamente hasta alcanzar, dos años después, la cifra de 138 vecinos, convirtiéndose en el principal bastión colonial en la provincia. En 1544, el poblamiento español de la región recibió un nuevo impulso con el descubrimiento de ricos filones argentíferos en Guachinango, considerados durante mucho tiempo entre los más productivos de la Nueva España, los cuales atraieron a numerosos colonos nuevos. Sin embargo, el evento que más marcó el poblamiento de la Nueva Galicia durante este periodo fue la apertura dos años después, en 1546, de las famosas minas de Zacatecas, en un paraje norteño, no lejano a la región que había sido literalmente arrasado tan sólo un lustro atrás por el ejército de Mendoza.

El rápido auge tanto minero como poblador que siguió a este descubrimiento, así como el trajín de carretas, tamemes y mulas por los caminos que unían a esas minas con el resto de la Nueva España, le transmitieron mayor dinamismo a la llegada de colonos a la provincia. A partir de esa época, la presencia de los españoles junto con sus aliados indios, ambos en gran número y diseminados por los cuatro rincones de la provincia, se hizo una realidad permanente. En cambio, para las terriblemen-



de nueva *pax hispánica*, las autoridades neogallegas emprendieron una activa política de distribución de encomiendas para los colonos de la provincia y hacia 1544 se establecieron también los primeros repartimientos por tandas para los vecinos de la provincia. Todo ese proceso culminó en 1558, con la emisión de las primeras tasaciones de tributos reales para los pueblos de indios de la Nueva Galicia. De ello nos da cuenta la figura 2, en donde se muestra la distribución de los pueblos incluidos en esas tasaciones:⁸⁹

Hemos incluido en esta figura, bajo forma de círculos blancos, las antiguas encomiendas del periodo de Nuño de Guzmán y en círculos negros los pueblos que aparecen en las tasaciones de 1558 y 1559, es decir, las dos primeras. Como puede verse, los pueblos tributarios se concentraron inicialmente en la que devino desde entonces la región central de la Nueva Galicia, es decir la franja de territorio situada inmediatamente al sur del curso del río Grande o de Santiago, especialmente en la zona situada entre la laguna de Chapala y Guadalajara. De ese modo, los antiguos rebeldes, de entre los cuales para ese tiempo ya muchos eran los hijos de los que sobrevivieron a la expedición de Nuño de Guzmán, se fueron integrando a una nueva geografía humana, colonial, esta vez, como sujetos de encomienda o repartimiento. Mientras tanto, distribuidos por toda la provincia, los “mexicanos”, antiguos “auxiliares” de guerra de los españoles, transformados ya para ese entonces en tributarios ellos también, poco a poco irían fusionándose con las poblaciones locales, al tiempo que su lengua, el náhuatl, progresivamente se convertía en una suerte de lengua franca que reemplazaba paso a paso a las lenguas locales.

A través de los años, conforme la población de españoles e “indios amigos” se hizo más numerosa, el sistema de tasaciones se iría extendiendo también. Con todo, la paz no se estableció por completo en el conjunto de la provincia. Las costas desoladas, desde la Bahía de Banderas hasta Chiametla, lo mismo que la Sierra Madre Occidental y los llanos de los chichimecas, y en general en todas aquellas regiones en donde

⁸⁹ El registro de esas tasaciones se encuentra en: AGI Contaduría 861, Almonedas de los tributos de los pueblos de indios de la Nueva Galicia, 1558-1559.

los españoles y sus aliados indios estuvieron menos presentes, continuaron siendo durante mucho tiempo “fronteras de guerra”, casi impenetrables para los conquistadores.⁹⁰ Pero incluso en las zonas “pacificadas”, la ausencia de mecanismos capaces de asegurar la autorregulación del tributo y servicios personales, semejantes a aquellos que funcionaban en las regiones de alta densidad de población del centro de la Nueva España, obligó a los españoles a seguir recurriendo a métodos coercitivos y muy directos para asegurarse un abasto continuo de tributos y mano de obra. Para ello, las autoridades obligaron, por una parte, a los propios encomenderos a recaudar los tributos reales, y por la otra recurrieron al remate de los tributos entre los capitanes y vecinos de la provincia, los cuales a cambio del derecho de recaudarlos personalmente y en su provecho propio, pagaban una cuota en plata a la Real Hacienda.⁹¹

Con todo, el establecimiento de estas primeras tasaciones de tributos simbolizó de muchas maneras el fin de un milenarismo capítulo para aquellas sociedades: el de su vida aldeana al viejo estilo. Al mismo tiempo, se daba por terminado también el vertiginoso y sangriento interludio de la conquista. A cambio de todo ello, se iniciaba para las disminuidas sociedades aborígenes de aquella parte del Nuevo Mundo, una larga, penosa y errática cuesta arriba tanto social como demográfica. Buena muestra y confirmación de ello, nos la dan los tétricos y lastimeros recuentos y descripciones que aparecen en las *Relaciones Geográficas* de la década de 1580. Pongamos como ejemplo emblemático, la de Compostela, alguna vez considerada como la más poblada y rica provincia de indios de aquella parte del Nuevo Mundo y sede igualmente de la primera capital colonial en la misma:

Estos pueblos, dicen, fue mucha gente antiguamente: son ahora tan pocos por causa de pestilencias y otras dolencias que ha menoscabado. Los pocos

⁹⁰ Hemos tratado más ampliamente este tema en: Salvador Álvarez, “De reinos lejanos y tributarios infieles: el indio de Nueva Vizcaya en el siglo XVI”, en: Christophe Giucicelli, coord., *Clasificaciones coloniales y dinámicas socioculturales en las fronteras de las Américas*, Madrid, Casa de Velázquez-CIESA en prensa.

⁹¹ Véanse las subastas de tributos de Guadalajara y Zacatecas en AGI, Contaduría 859 y 860.

que hay están poblados en pueblos y partes permanentes, puestos en policía según la tierra. Son gente entendida así por su natural como por el trato que tienen de gente española. Son gente en general haragana y mal dada al trabajo porque aún lo que les es forzoso para su sustentamiento les ha de compeler a ello la justicia por la fuerza [...] ⁹²

Culpar solamente a los conquistadores españoles de aquel triste estado de cosas, es siempre posible, pero también insuficiente. En la Nueva Galicia, como en el conjunto de las regiones americanas, la conquista no se redujo al choque directo entre “europeos” e “indios”, sino que terminó movilizandolos fuerzas ciegas e incontrolables que a la larga terminarían devastando todo un sistema de civilización: el choque microbiano fue solamente una de ellas. En este caso, el peso del número, o dicho de otro modo, la avalancha incontenible en la que terminó convirtiéndose la presencia en pie de guerra, de los civilizados mesoamericanos en tierras de aldeanos, resultó igual y por momentos, sin duda, más destructiva que las propias epidemias. Por ello, no puede sino concluirse que sin el concurso de esos “civilizados no españoles”, necesariamente las conquistas habrían discurrido por cauces muy diferentes en regiones del tipo de la Nueva Galicia. Como quiera que fuera, el hecho es que, a resultas de todo ello, los cambios fueron rápidos, fulgurantes. Ya para finales del siglo xvi, muy pero muy poco quedaba ya de lo que alguna vez fueron las sociedades aborígenes que habitaron los territorios de esa naciente Nueva Galicia. Tan fue así, que hoy, la memoria de esos grupos, mistificada, se encuentra casi perdida por completo.

FECHA DE RECEPCIÓN DEL ARTÍCULO: 18 de diciembre de 2007

FECHA DE ACEPTACIÓN Y RECEPCIÓN DE LA VERSIÓN FINAL: 26 de agosto de 2008

⁹² “Relación de la ciudad de Compostela”, 1584, en: René Acuña, *Relaciones geográficas del siglo xvi: Nueva Galicia*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, *Etnohistoria*, Serie Antropológica 65, 1988, 89.